

EL CORREO DE ULTRAMAR

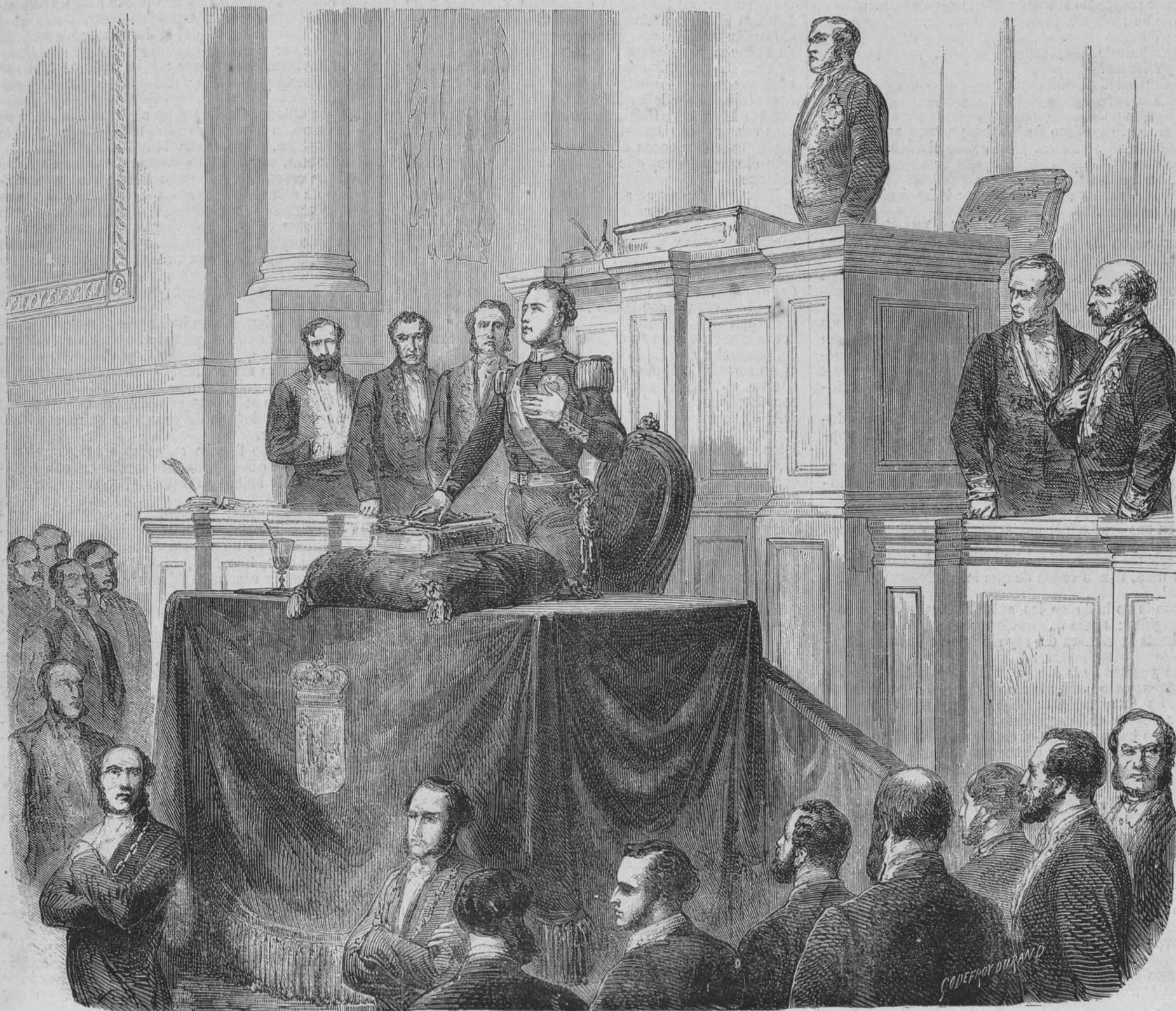
PARTE LITERARIA ILUSTRADA.



1862. — TOMO XIX.

EDITORES PROPIETARIOS : X. DE LASSALLE Y MÉLAN.
Administracion general, passage Saulnier, núm. 4, en Paris.

AÑO 21. — Nº 472.



S. M. el rey de Portugal prestando juramento á la Constitucion. — (Véase el artículo *Sucesos de Portugal*, pág. 51.)

SUMARIO.

El rey de Portugal prestando juramento á la Constitución; grabado. — **Catalina de Aragon.** — **Sucesos de Portugal;** grabados. — **Revista de Paris.** — **Una visita á Chivone;** grabados. — **Romance histórico.** — **Al revés te lo digo...** — **Viaje de sir Edmundo Broomley;** grabados. — **Un año de matrimonio.** — **Los pordioseros de Paris;** grabados.

Catalina de Aragon

INFANTA DE CASTILLA Y REINA DE INGLATERRA.

POR LA S^{ra} D^a MARIA DEL PILAR SINUES DE MARCO.

(Continuacion.)

Al fin de ella estaba el doméstico que le habia introducido y que sirvió la cena.

— ¿Ha muerto ya, milor? preguntó al conde con aire de inteligencia.

— Ha muerto, respondió este con voz sombría; toma. Y arrojó al criado un saquillo lleno de oro.

— Adios, señor, dijo el criado; la barca me espera. Nadie queda en la casa, y este acontecimiento quedará envuelto en el mas profundo misterio.

El doméstico ocultó su lujosa librea en los anchos pliegues de una capa negra, y desapareció entre las tinieblas de la noche á lo largo de la orilla del Támesis.

Un instante despues, una barca paró á los piés del conde, que con la niña envuelta entre los pliegues de su capa, permanecía inmóvil.

Saltó un hombre de la barca y se halló al lado del conde.

— ¡Edmundo! dijo aquel con voz breve y dura.

— ¡Maria! contestó lord Pembroke.

— ¿Qué hay? volvió á preguntar el desconocido dándose por satisfecho sin duda con la contraseña.

— Se ha resistido, respondió el conde.

— ¿Y bien?

— Ha muerto.

— ¿Y Maria?

— Aquí está. ¿Y Edmundo?

— En la barca.

— Vamos pues.

— Vamos. El obispo de Warham espera para la ceremonia en vuestra casa. ¡Ah! se me olvidaba. ¿Sabeis lo que ocurre?

— Nada sé, respondió el conde.

— Que el rey está agonizando: se le ha declarado un ataque cerebral.

— La suerte nos protege, exclamó lord Pembroke con una expresion de alegría convulsiva: ¡remad, remad aprisa!

Dos horas despues y en la capilla del palacio de Pembroke, tenia lugar una extraña ceremonia.

Delante del altar, en el cual luchaban los primeros rayos del alba con las bugias encendidas, se hallaban arrodillados sobre almohadones de terciopelo Maria Harlowe, de edad de cinco años, y Edmundo de Sommerset que contaba once, ambos envueltos en capas de terciopelo forradas de pieles.

Milor de Warham, revestido con los hábitos sacerdotales, unía sus manos y les echaba la bendicion nupcial.

A entrambos lados de los infantiles contrayentes se hallaban arrodillados sus respectivos padres lord Pembroke y lord Sommerset.

No bien acabó la ceremonia, el conde de Pembroke tomó en sus brazos á la novia y salió con ella de la capilla.

Esperábase una carroza á la puerta, á la cual subió con la niña, dando orden de que le condujesen al palacio real.

El conde no halló en las antecámaras mas que rostros afligidos: nadie se atrevia á hablar en voz alta y llegó hasta la cámara del rey sin que nadie se lo impidiera.

A las puertas de la alcoba real se agolpaban muchos cortesanos; pero junto al lecho y de rodillas se hallaban Enrique y Catalina, á quienes habia arrancado de la cámara nupcial el llamamiento de su moribundo padre.

Arrojóse hácia el lecho el conde de Pembroke, y con un movimiento mudo y elocuente presentó al rey á la niña Maria, que abría absorta sus grandes ojos azules.

Enrique VII lanzó un grito; no habia perdido el conocimiento y aperebió al instante á la hija de Malborgiana.

Pero, cauteloso siempre, no salió de sus labios una sola frase que manifestase el lazo que le unía con aquella criatura, temeroso de atraer la muerte sobre su cabeza.

— ¡Malborgiana ha muerto! murmuró á media voz y al oído del rey el conde.

— Toma, repuso Enrique alargando á lord Pembroke una llave y una carta que sacó de debajo de sus almohadas.

Despues clavó los ojos en Maria enviándole toda su alma en aquella mirada suprema y se desplomó sobre su lecho.

— ¡El rey ha muerto! dijo uno de los médicos que le rodeaban.

Luego tres heraldos abrieron el balcon de la cámara real y gritaron con sonoro acento al inmenso pueblo que esperaba la crisis del monarca:

— ¡El rey Enrique VII de Inglaterra ha muerto! ¡Viva el rey Enrique VIII!

XI.

El curso de los acontecimientos nos obliga, lectores míos, á dar un salto de diez y ocho años, aunque no pueda resolverme á dejaros de dar alguna noticia de lo que durante ellos aconteció á los diversos personajes de esta historia.

Los reyes de Inglaterra habian vivido en tan largo intervalo con toda la paz y buena armonia que pudieran conservar la paciencia, la dulzura y la dignidad de Catalina.

En cuanto al rey, el carácter áspero y dominante que desde niño habia manifestado, tomó un aumento tan grande como lastimoso desde que, perdiendo á su severo padre, marchó sin riendas por la carrera de la vida y del supremo poder.

Los primeros años de la juventud le empujaron á cometer infidelidades que abrieron heridas mortales en el corazon amante y sensible de Catalina: la primera mujer que logró dominar completamente al rey fué la bella lady Boulen, madre de la famosa Ana Boulen, ó Bolena, que poco despues habia de ocupar el lugar de Catalina en el trono de Inglaterra.

Enrique, despues de los amores de lady Boulen, emprendió la conquista de su hija mayor Fanny; y sin duda hubiera seguido la de Ana, la menor, á no hallarse esta entonces en la corte de Francia.

La reina no dió quejas á su esposo de sus extravíos: para la mujer que tiene dignidad, el quejarse es aun mas duro que el sufrir; y aunque lllore en secreto, jamás se humilla hasta hacer de su dolor un espectáculo.

El corazon de Enrique era sin embargo incapaz de fidelidad ni de constancia: deseaba en tanto que no podia conseguir; pero una vez llegado al objeto de sus deseos cansabase en breve de lo mismo que habia ansiado.

La política de las córtes de España y Francia vino tambien á tomar parte en la desventura de Catalina.

Los Reyes Católicos concluyeron un tratado con el de Francia, sin noticia y con grande disgusto de Enrique VIII, y el enojo que este monarca inconsecuente abrigaba contra Fernando é Isabel recayó en su inocente hija, haciéndole sufrir su frialdad y su desvío.

Once hijos tuvo Catalina, de los cuales ni los nombres conserva la historia, pues todos murieron al nacer, ó vivieron muy pocos días, y esta desgracia aumentaba el enojo del rey que ansiaba asegurar la sucesion al trono.

Hubo un día en que asaltó al monarca la malhadada idea de romper un enlace que le hastiaba, y para cuya disolucion trabajaban sin descanso el obispo de Warham, cargado de años y mas cargado de ambicion, y los condes de Pembroke y de Ludwig.

El duque de Sommerset habia muerto ya hacia algunos años, dejando á su esposa en completa libertad y á su hijo casado con Maria la hija de la escocesa Malborgiana.

Enrique reunió en su cámara al obispo, á los condes de Pembroke y de Ludwig y al dean de San Pablo, anciano respetable y que era su confesor, y les manifestó que tenia dudas acerca de la legitimidad de su enlace con Catalina.

Al oírle, los dos nobles y el obispo se miraron con una sonrisa triunfante; sin hacer ellos nada, el rey iba á tocar el punto á donde en vano habian querido llevarle durante diez y seis años; porque es necesario decir que en tan largo periodo de tiempo y á pesar de las maquinaciones de los cortesanos, el rey se habia limitado á ser infiel á Catalina, sin que pensara en separarla de su lado.

Por eso, al oírle expresar su duda acerca de la legitimidad de su matrimonio, tuvieron gran trabajo en contener su alegría; pero por mas que procuraron disfracarla, fué harto visible para el dean de San Pablo que les midió con una ojeada desdeñosa y dura.

— Señor, dijo luego volviéndose al rey: no hay ninguna duda acerca de la legitimidad del enlace de V. M., solo podia apoyarse en haber estado casada la reina con el principe Arturo, vuestro hermano, y es público que solo estuvieron desposados; además, median las bulas del pontífice que allanan todas las dificultades, y media el hallarse en cinta la reina: ¿qué os ha hecho para que la arrojéis de vuestro lado, quizá cuando está cercana á daros un heredero para el trono? No hay ley divina ni humana que autorice tanta dureza é ingratitud, y por mi parte, recuso toda responsabilidad.

El dean de San Pablo salió, dichas estas palabras; pero en el fondo de su alma llevaba la conviccion de que la salvacion de Catalina dependia solo de la vida que Dios concediese al hijo que llevaba en su seno.

¡Ay! ¡aun en esta triste conviccion se engañaba el ministro de Dios!

La princesa que entonces se agitaba en las entrañas de Catalina fué la única que logró vida de la descendencia de Enrique VIII, y aunque reinó con el nombre de *Maria Tudor* no pudo salvar á su desdichada madre de la amarga suerte que el cielo la deparaba.

La reina dió al fin á luz á la princesa, pero aunque prometia la recién nacida buena salud, el rey, hastiado ya de Catalina, no moderó su desvío para con ella.

Entre tanto el obispo de Warham le recordaba sin cesar la protesta que habia firmado el día mismo de su

casamiento y en la cual declaraba que, á causa de su corta edad, no podia conocer la naturaleza de las obligaciones que se imponia: y aunque el rey, siempre fiel á sus hábitos de recelo y de cautela, parecia escucharle con frialdad, su pensamiento no se separaba un instante de aquel medio único que se presentaba para romper su enlace.

Sin embargo, sus dudas se prolongaron largo tiempo: ya contaba cinco años la princesa Maria cuando el rey no sabia aun de qué modo romper el lazo que le unia á Catalina.

Era que se necesitaba el poderoso móvil de otro amor para que el rey de Inglaterra atropellase por todo, pues su sagaz política le hacia mirar siempre desde muy lejos los acontecimientos.

¿Qué era de Catalina en tanto que se agitaba sordamente la tormenta sobre su indefensa cabeza?

Su vida era muy infeliz: constantemente retirada en sus habitaciones, no tomaba parte alguna en las tramas que se urdian en torno suyo: bien conocia que su esposo no la amaba desde hacia mucho tiempo; pero ¿cumplia á su decoro de reina y de mujer darle quejas?

¡No! Decíase con secreta amargura que sus lágrimas le devolverian el lugar que habia perdido en el corazon del rey y que serian inútiles los extremos de su dolor.

Estas reflexiones la hicieron ocultar su pena en la mas profunda soledad: al menos en ella cuidaba de la educacion de su hija que dirigia por sí misma: nada escribió á su familia consecuente á sus desventuras, y todo su cuidado lo cifraba en saber conservar la calma y la dignidad que siempre la habian distinguido.

Este era el estado de las cosas cuando vuelvo, mis amados lectores, á presentaros algunos de los diversos personajes de esta historia.

XII.

Eran las diez de una bella mañana de otoño.

En un espacioso salon del palacio de Sommerset y colocada cerca de una ventana, que caia al hermoso parque que precedia al jardin, se veia una mesa suntuosamente servida y con solos dos cubiertos.

Dos criados, vestidos con una lujosa librea y con pelucas empolvadas, esperaban, teniendo cada uno en el brazo una finisima servilleta, la llegada de sus señores, paseándose por el salon.

Poco tuvieron que esperar: á la segunda vuelta se abrió la puerta y apareció Edmundo, duque de Sommerset.

Contaba entonces treinta y un años de edad, y en su fisonomia no se advertia ya ni el mas leve rastro de la hermosura que, cuando niño, le habia distinguido.

Su estatura, muy alta, lo parecia mas á causa de su extremada carencia de carnes: la ambicion y las agitaciones de una vida dedicada á la intriga habian hundido sus negros y brillantes ojos y habian dado á su semblante una expresion de hoscía y refinada malicia.

Vestia un rico traje de mañana oscuro, y sus negros y abundantes cabellos estaban recogidos en una gorra con una pluma.

— ¿Dónde está mi madre? preguntó ásperamente á sus criados.

— La señora duquesa no ha bajado aun de su habitacion, respondió con humildad uno de los servidores.

— Decid á Alix que la llame: tengo prisa.

Y esto diciendo sentóse lord Sommerset delante de la mesa y empezó á servirse una taza de té.

El criado iba á salir para cumplir sus órdenes; pero apareció en el umbral la duquesa que entró con paso ligero en el salon.

Emma Stanhope llegaba entonces á los cuarenta y siete años de su edad; pero aun habia en ella restos muy notables de belleza, de gracia, y sobre todo de vivacidad.

No habia engruesado, merced á su constitucion nerviosa é impresionable, y su talle, elegante siempre, estaba aprisionado en un vestido de terciopelo oscuro.

— Buenos días, hijo mio, dijo al entrar en la gran sala en la cual la esperaba Edmundo: ¿cómo es que hoy quieres almorzar tan temprano?

— Porque he de salir al instante, respondió Edmundo con un laconismo que tenia mucho de áspero y brutal.

Reinó el silencio durante algunos instantes: la duquesa miró dos ó tres veces á su hijo con una timidez extraña y como deseando decirle alguna cosa que no se atrevia á articular; pero este comia precipitadamente y apenas reparaba en la presencia de su madre.

Por fin esta se determinó á romper el silencio haciendo un poderoso esfuerzo sobre sí misma, y le preguntó casi con temor:

— ¿Vas á ver á Maria?

— No, contestó el duque.

— ¿Pero no vas á palacio?

— ¿Es acaso preciso que porque vaya á palacio haya de ir á ver á Maria?

Edmundo pronunció estas palabras con ademán de indiferencia y de desprecio, y sin mirar á su madre.

Esta juntó las manos y exclamó con acento profundo y triste:

— ¿Olvidas, hijo mio, que tu infeliz esposa está expuesta á las continuas persecuciones del rey?

Edmundo se encogió de hombros y nada respondió.

— Exige de S. M. que te devuelva á tu esposa, Edmundo, continuó la duquesa: cuantas personas honradas encierra la corte censuran el abandono en que dejas á Maria.

— Pero, señora, ¿no sois vos quien la ha colocado al lado de la reina? exclamó el duque con impaciencia.

— Sí, por sustraerla á tus malos tratamientos, murmuró con amargura la duquesa.

— ¿Tengo yo la culpa de que me hayan casado cuando apenas contaba once años?

— ¿La tiene ella de que la hayan casado contigo cuando apenas tenía cinco?

— Es que yo no la amo.

— Ni ella tampoco te ama, Edmundo: bien lo sabes.

— ¿Entonces, porqué no corresponde á las galanterías del rey? ¿Porqué se hace la niña tímida? ¿Acaso no tiene ya veinte y cinco años?

La duquesa permaneció durante algunos instantes mirando á su hijo inmóvil y como aterrada: luego se pintó en sus facciones una indignación dolorosa.

— ¡Ah! exclamó: ¡es increíble hasta qué extremo te ha envilecido la ambición, Edmundo! ¡No desmientes tu carácter de niño tan interesado! ¿No sabes que el rey es hermano de tu esposa? ¿De dónde proviene, si no, la colosal fortuna que le fué entregada el día de su casamiento contigo?

— Eso es cuenta del rey, ó de milor de Pembroke, que también se dice padre de mi mujer, contestó con audacia Edmundo: en fin, madre mía, añadió levantándose de la mesa, he almorzado y me voy á palacio, pero no á ver á mi mujer; su huraña virtud y su mas huraño padre la guardarán: allí ocurren hoy cosas de mayor importancia.

— ¿Qué ocurre pues? exclamó Emma levantándose sobresaltada: ¿es acaso alguna nueva prueba á que quieren someter á nuestra infeliz reina?

— En efecto, señora; se la somete hoy á una nueva prueba; pero que es mas dura que todas las anteriores: vuestra terna reina va á ser juzgada por un consejo del cual formo parte.

— ¡Santo Dios! exclamó la duquesa: ¿qué decís, hijo mio? ¿la reina va á ser juzgada? ¿porqué? ¿cuál es su delito?

— Su delito, señora? respondió Edmundo: su delito es rehusar, con una tenacidad extraña, la separación amistosa y natural que el rey le propone: su delito es el de la rebeldía; es decir, el que mas irrita al rey, y me parece que, si no cede, se le puede augurar un triste porvenir.

— ¡Ah! ¡Dios mio! murmuró Emma juntando las manos con aflicción, en tanto que por sus mejillas se deslizaban gruesas lágrimas.

— El rey, continuó Edmundo, ha recordado las dificultades que el obispo de Warham opuso á su matrimonio con la viuda de su hermano, y ha invocado la ley del Levítico para deshacerle; quiere el divorcio, el divorcio á toda costa, y lo obtendrá.

— Edmundo, dijo la duquesa enjugándose el llanto que bañaba su semblante; Edmundo, ya sabes que retirada en Irlanda desde hace mucho tiempo, nada sé de lo que pasa en la corte; sin embargo, han llegado rumores á donde yo vivía que decían que el rey ama á tu esposa, Edmundo, ¿será quizá el capricho que el rey alimenta por María la causa de su crueldad para con la reina? ¿Y tendrías tú la cobardía, la vileza de no separarle de tu mujer por conservar tu favor cerca del trono? ¡Oh! eso sería espantoso.

— ¡Señora! contestó el duque con una dureza tan helada que traspasó el corazón de su madre: ¡señora! si por espacio de tres años no hubiérais vivido encerrada con vuestro amante en uno de vuestros castillos solitarios, sabríais lo que sucede en la corte; así, todo lo ignorais, y me hubiérais dado por contento de que esos vuestros últimos amores os hubieran entretenido algun tiempo mas.

— No tienes razon en culparme, Edmundo, contestó la duquesa levantando la cabeza con altivez: soy libre, y libre era también el hombre á quien amaba; vivía en mi casa y en ella soy la soberana.

— Pero me parece, señora, que no os atreveréis á imponer al rey ni á mi una moral que tan poco habeis observado.

— Es verdad, repuso la duquesa con amargura: es verdad. Mi corazón ha sido siempre mas grande que mi raciocinio; pero jamás ha cometido vilezas un corazón apasionado. Pluguiese á Dios, hijo mio, que os hubiérais hecho culpable de mis faltas y que jamás hubiérais cometido aquellas hacia las cuales os ha arrastrado vuestra codicia, porque no quiero darle el noble título de ambición. ¡Ah! prosiguió la duquesa: si el abandono con que el rey amenaza á su santa esposa tuviera por motivo alguna pasión grande y profunda, aun le excusaría yo.

— Consolaos pues, señora, dijo Edmundo con una irónica sonrisa: una pasión es la que le hace pedir el divorcio: una pasión, si no muy noble, al menos muy grande: y puesto que en materia de pasiones la cantidad puede hacer olvidar la calidad, debeis estar tranquila: el rey ama en extremo á la graciosa, á la espiritual Ana de Boulen.

— ¡Cómo! exclamó la duquesa haciéndose un paso atrás: ¿ya no ama el rey á vuestra esposa?

— No, señora.

— ¿Y ama á Ana?

— Con la mas ciega pasión.

— ¿Pero no sabeis que el rey ha sido ya el amante de la madre y de la hermana mayor de Ana?

— ¿Y qué quereis, señora? contestó el duque con émica sonrisa: las damas de esa familia tienen, á lo que veo, el privilegio de divertirse siempre el fastidio del rey, lo cual es una ventaja para ellas.

— ¡Pero si Ana tiene ya veinte y seis años!

— Ya lo sabe el rey.

— Y seis dedos en la mano derecha.

— Eso hace mucha gracia á S. M.

— ¡Y es una mujer que no tiene reputación!

— Tampoco lo ignora S. M.

— ¡Y no es bonita!

— Es mas bien fea: tan perfectamente lo sabe el rey como vos y como todos: mas sin embargo, yo os aseguro que, a pesar de todos sus defectos, Ana Boulen será reina de Inglaterra antes de mucho.

Después de pronunciar estas palabras, el duque se dirigió hacia la puerta; pero al ver su madre que se iba, salió del estupor que aquellas le habian causado y corrió hacia él.

— ¡Ah! hijo mio, antes de irte, ¡dime por piedad, lo que se ha hecho ya contra la reina! Ya sabes que su severidad me tiene desterrada de la corte; pero á pesar de todo, yo la amo, la amo en extremo. ¡Por favor, dime lo que puedo temer para ella!

— Todo, querida madre, si se obstina en no retirarse á un convento, como, de parte del rey, le ha aconsejado el cardenal Campegio: ¡su terquedad la conducirá al destierro, á la miseria, á la muerte!

— ¡Pero la reina tiene una hija! repuso Emma dolorosamente; no puede renunciar tan facilmente los derechos de su hija.

— Madre, dijo Edmundo con impaciencia: no tengo tiempo para oír vuestras reflexiones por justas que sean: así, oídme en silencio, si quereis que os haga saber la situación de la reina.

— ¡Habla, habla!

— Pues bien, para el repudio, para el divorcio hay que alegar algun motivo: se han presentado testigos de una entrevista secreta entre Arturo y Catalina, y el rey ha hecho caso de conciencia el romper su matrimonio con la esposa de su hermano.

— ¡Esa entrevista no ha existido! gritó Emma: ¡no, la única vez que el príncipe forzó la consigna del rey fué el mismo día de su muerte! ¡Además, yo estaba con la princesa y tú tambien!... añadió Emma con explosión de júbilo: ¡y tú tambien, hijo mio!... estabas á la puerta jugando con uno de los lebreles del rey... ¿no te acuerdas?... ¡todo cuanto pasó lo viste!...

— Pues de nada me acuerdo, señora, contestó Edmundo friamente; y ahora, prosiguió, perdonad que os deje: es tarde y el consejo me espera.

Un rayo de luz brotó en la mente de la duquesa: conoció que la ambición iba á arrastrar á su hijo á un crimen vergonzoso, y que él iba á ser uno de los jueces que condenasen á Catalina cuando podía salvarla invocando y haciendo públicos sus recuerdos de niño.

Mientras la duquesa hacia estas amargas reflexiones, su hijo salió precipitadamente y se dirigió á palacio.

La duquesa, al verse sola, corrió á su cuarto.

Ella misma se echó sobre su traje un manto negro, y á pié y sola, se dirigió tambien á palacio precipitadamente.

XIII.

Quando la duquesa de Sommerset llegó á palacio, se halló con un obstáculo que no esperaba.

Algunos coches detenidos en la plaza y el pueblo que se agrupaba con señales de descontento, la persuadieron de que el juicio no tenia lugar allí, y que el consejo se dirigia á algun otro lugar cercano, puesto que ni los carruajes ni los lacayos iban preparados para viaje.

A fin de salir de dudas, se acercó á un hombre del pueblo y le preguntó sin alzarse el velo:

— ¿Qué sucede aquí, buen hombre?

— ¿Sois forastera acaso, señora? preguntó á su vez y muy admirado el interrogado.

— Sí, acabo de llegar de fuera.

— Pues bien, sabed que la reina va á comparecer por segunda vez ante el consejo.

— ¡Por segunda vez! repitió asombrada la duquesa. ¿Luego ha comparecido ya la primera?

— ¿Quién lo duda? En Blackfryars: es decir, donde va á comparecer hoy tambien.

— ¿Y qué resultó de aquella sesión? preguntó Emma que no podía dominar su angustia.

— ¿Qué resultó? ¡Os lo voy á decir, señora, porque me parece que sois amable y compasiva... suspirais! sin duda os interesais por esa pobre y buena reina.

— ¡Oh! sí. ¡Me interesa mas de lo que podeis saber!...

— Pues oid: la reina ha comparecido ante el consejo, solamente para recusar á los dos legados del papa, que tienen poderes amplios para pronunciar la sentencia de divorcio y que, como yo sabreis, son los cardenales Campegio y Wolsey.

— Lo sé.

— Pues bien, la reina los recusó con entereza y dignidad: ni una lágrima asomó á sus ojos; pero estaba tan pálida y desfallecida que, á no ser por una hermosa jóven que la acompañaba, hubiera caído al suelo mas de una vez.

— ¡Ah! ¿y esa jóven era rubia?

— Como el oro: con unos ojos azules y serenos como el cielo.

— ¡Era María! pensó la duquesa: ¡pobre hija mia!

— La reina, prosiguió el buen hombre, dijo que recusaba á los legados porque el uno la trataba, hacia muchos años, con una enemistad personal, y era además primer ministro del rey, su parte contraria: y el otro porque debía al favor del monarca el obispado de Salisbury y otras mercedes que le hacian sospechoso.

— ¡Digna señora mia! murmuró la duquesa; ¡qué valor! ¡qué entereza!

— Mas de lo que os podeis figurar: no quiso decir

mas palabras que las necesarias para su enérgica protesta, y después se retiró grave y lentamente, acompañada solo de su dama de honor; ¡pero ay! ¡que desde aquella sesión á hoy han pasado cosas tan tristes que en la segunda debe padecer mucho mas!

— ¿Pues qué hay?

— Se han adoptado otros mil medios para perderla: se ha repartido con extraordinaria profusión un libelo infamatorio en el cual se acusa á la reina de graves crímenes y se la denuncia al consejo de Estado: en él se la hace cómplice en una tentativa contra la vida del rey, asegurándose al mismo tiempo que ha practicado gestiones sospechosas para adquirirse el favor popular.

— ¡Oh qué horror!

— ¿Y sabeis lo que ha pasado á consecuencia de tan abominables maquinaciones, señora?

— ¡Decid, decid, por Dios!

— Pues bien; el consejo, en vista de estas acusaciones, lanzadas en público, ha *suplicado* al rey que de hecho se separe de la reina.

— ¿Pero quién ha sido el autor de ese libelo?

— ¡Bah! es bien sabido, señora. El caballero Bryan, á quien el rey llama su *teniente de infierno*, y que es su *corredor* de aventuras amorosas: el caballero era amigo de sir Tomás Boulen, y su esposa y su hija mayor pasaron á ser propiedad del rey, gracias á su amigo: ahora el rey se ha enamorado de Ana, la hija menor de sir Boulen, y el caballero Bryan continúa con S. M. sus buenos oficios; ¡pero ved! prosiguió el buen hombre; ya bajan los jueces que han estado en sesión secreta con el rey y toman las carrozas: van á Blackfryars... ¡Muchachos, á Blackfryars! gritó el desconocido dirigiéndose á una porción de hombres del pueblo que le rodeaban: no se ha de juzgar á la reina Catalina así... á oscuras... ¡El pueblo, á quien tanto bien ha hecho, debe asistir á su martirio para salvarla... ó vengarla!

Y el honrado y fogoso artesano siguió á los carruajes que llevaban á los jueces al consejo.

La duquesa permaneció un instante como agobiada de un peso terrible; pero viendo subir á su hijo con ademán triunfante en una de las carrozas que partían para Blackfryars, echó á correr y desapareció entre la multitud como asaltada de una idea repentina.

XIV.

Eran las cuatro de la tarde cuando, reunido el consejo en un espacioso y sombrío salon del palacio de Blackfryars, se hizo llamar por un ugiar á *la muy noble señora S. A. R. la infanta Catalina de Aragon, princesa viuda de Gales*.

Al oír esta intimación, en la cual se suprimia cruelmente el título de reina para la desventurada hija de Isabel la Católica, el pueblo y los partidarios de Catalina comprendieron que aquella desdichada mujer no volvería á ceñirse ya en vida la corona real.

No bien se hubo hecho la intimación, y con gran sorpresa de los presentes, se levantó una cortina de seda que cubria una pequeña puerta, situada á la derecha del estrado que ocupaba el consejo, y el rey entró en el salon.

Levantáronse los consejeros ofreciéndole la presidencia; mas Enrique VIII hizo seña á los cardenales Campegio y Wolsey para que continuasen presidiendo, y se sentó al lado de los otros jueces.

Un instante después, anunció un ugiar la llegada de *la princesa Catalina*, y la madre de María Tudor apareció severa é imponente.

— ¡Soy la reina de Inglaterra! dijo con voz firme y volviéndose hacia el ugiar: ¡las leyes divinas y humanas me han dado este título, y sabed todos que solo le dejaré con la vida!

Dichas estas palabras, se adelantó hacia el consejo y levantó su velo, permaneciendo en pié, inmóvil y sin hacer al tribunal el mas leve saludo. Inclínose sin embargo, delante del rey que la miró con severidad y con una frialdad aterradora.

Con Catalina habia entrado María, la jóven duquesa de Sommerset, que permaneció pálida y abatida un poco detrás de su real señora.

Ambas mujeres vestían de negro, y cada una de ellas ofrecia un tipo ideal y perfecto.

La reina habia perdido algo de su natural robustez, pero nada de su dignidad tranquila, ni de aquella serena majestad que ya resaltaban en ella cuando, casi niña, vino á casarse con el príncipe Arturo desde la corte de sus padres.

Su alta estatura lo parecia mas á causa de su largo y severo traje de terciopelo negro, sin encajes ni adornos.

Sus ojos garzos, un tanto apagados, pero de mirada apacible y grata, parecían tambien mayores por la delgadez de su rostro, blanco y suave como las hojas de una azucena.

(Se concluirá.)

Sucesos de Portugal.

PROCLAMACION DEL NUEVO REY DON LUIS I. — TUMULTOS EN LISBOA. — FALLECIMIENTO DEL INFANTE DON JUAN. — SU ENTIERRO. — RESTABLECIMIENTO DEL ORDEN.

La terrible enfermedad á que han sucumbido en Lisboa el rey Don Pedro V y los infantes Don Fernando y Don Luis, sumiendo en el mas profundo dolor á la nacion portuguesa, ha dado margen á excitaciones que

han provocado un rompimiento popular y una crisis gravísima, calmada ya afortunadamente á la hora en que escribimos. Hé aquí por su órden correspondiente la relacion de estos tristes sucesos, que tomamos de diferentes correspondencias, así como de los diarios mas acreditados de Lisboa.

«Anteayer, dicen con fecha 24 á un periódico de Madrid, se verificó la proclamacion del nuevo rey, con menos alegría que la que algunos dias antes se esperaba. La grave enfermedad del infante Don Juan tenia ya anteayer contristado al rey y al pueblo, que tal vez veian un triste augurio del nuevo reinado en esta nueva desgracia con que el cielo ha querido acompañar el solemne acto verificado el 22. El rey iba solo en el coche, y á pesar de las aclamaciones y muestras de amor de que era objeto, la tristeza se reflejaba en su simpática fisonomía. S. M. que habia sido recibido por una numerosa diputacion de la Camara, empuñó el cetro y tomó asiento en el trono, invitando á todos los individuos de las Córtes generales, ministros, etc., á tomar á su vez asiento. En seguida el presidente de las Córtes presentó á S. M. los Santos Evangelios. El rey se arrodilló, y poniendo la mano sobre el santo libro, pronunció el juramento que dispone el artículo 66 de la Carta constitucional, concebido en estos términos: — «Juro sostener la religion católica, apostólica y romana, la integridad del reino, observar y hacer observar la Constitucion política de la nacion portuguesa y demas leyes del reino, y atender al bien general de la nacion en cuanto en mi quepa.»

Concluido este acto, S. M. dirigió á las Córtes un discurso muy expresivo de excelentes formas, expresando su amor al pueblo portugués, y su propósito de hacer cuanto pueda por la



S. A. R. el duque de Beja.

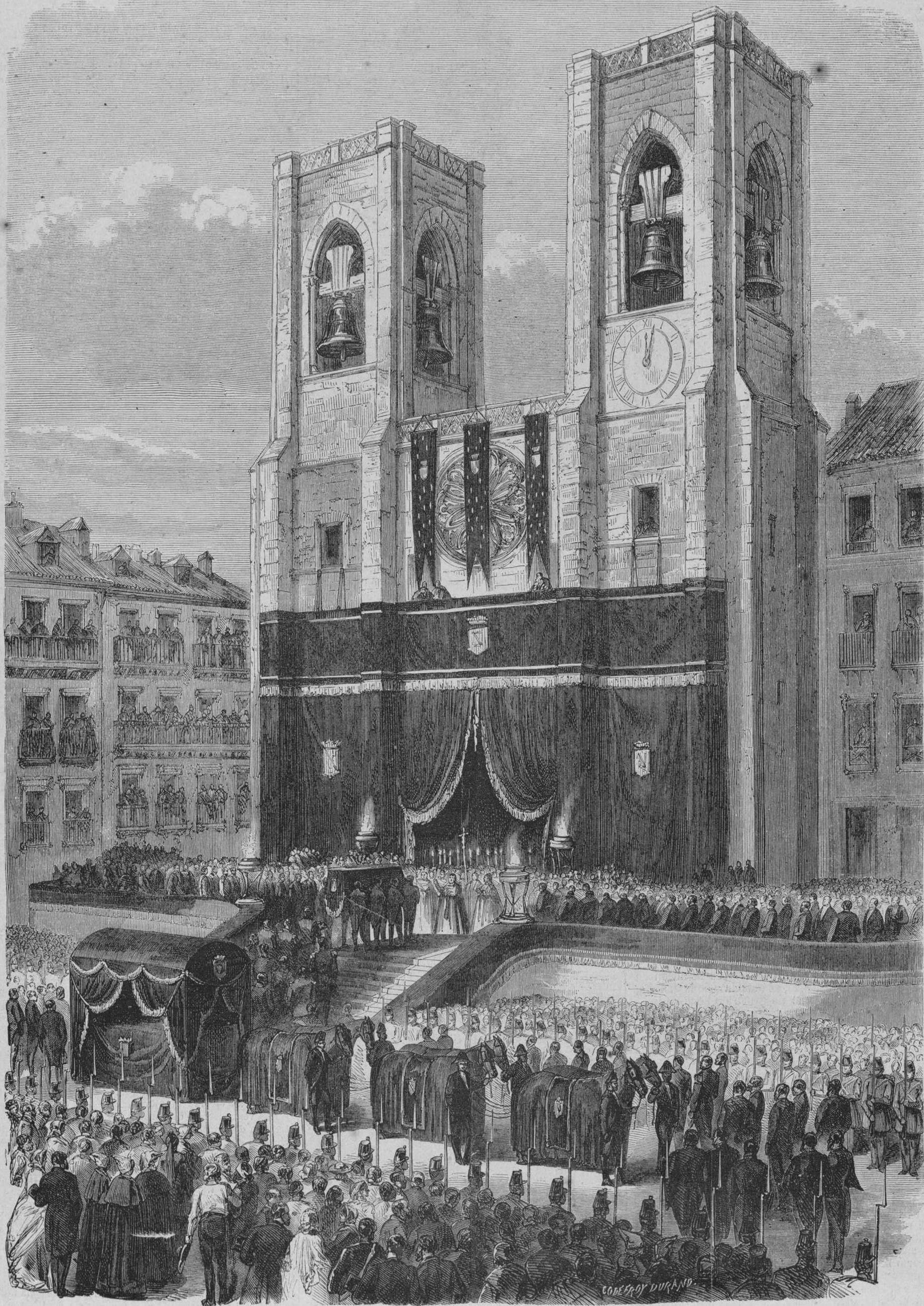
felicidad del mismo pueblo. Terminado el discurso de S. M., el alférez mayor desplegó la bandera real, y el presidente de las Córtes, que era el señor vizconde de Castro, leyó un discurso contestando al de S. M.; despues de lo cual el mismo presidente aclamó por tres veces al muy alto, muy poderoso y fidelísimo rey de Portugal Don Luis I, siendo secundado con el mayor entusiasmo por todos los presentes. Inmediatamente el alférez mayor del reino, con la bandera desplegada y acompañado de los reyes de armas, maceros, heraldos, etc., salió al balcón principal del palacio á anunciar al pueblo la proclamacion.

Su Majestad regresó á palacio en la misma forma que habia ido, siendo saludado á su paso con entusiastas aclamaciones. Los balcones del tránsito estaban adornados con elegantes colgaduras, y por la noche la iluminación fué general en la ciudad. La enfermedad del infante Don Juan contristaba ya á la real familia y al pueblo; pero aun no era tan grave como lo es hoy. El *Boletín* de esta mañana dice: «Su Alteza el señor infante Don Juan se encuentra en estado grave.» No pueden ustedes figurarse el efecto que causan en el pueblo, y sobre todo en el populacho, estas noticias, ciertas y otras mil absurdas. La calumnia de los envenenamientos vuelve á levantar su asquerosa cabeza, y ya no son los españoles los que han envenenado al infante; que son segun unos los miguelistas, segun otros los lazaristas, y hasta no falta quien dice que los ministros; pero á quien mas se señala al odio popular, es al intendente de palacio, señor conde da Ponte, caballero dignísimo y adicto á la real familia. Realmente la ocasion se presta á la confusion y á la calumnia; y los malvados que utilizan en todas partes la ignorancia del pueblo para caminar á sus interesados fines, no se



S. M. el rey de Portugal llegando á las Córtes.

JULES GAILLARD



Funerales de S. A. R. el duque de Beja.

descuidan tampoco en Lisboa. No sé en qué vendrá á parar esto si Dios no salva al infante ó el gobierno no obra con energía y prudencia.»

El mismo corresponsal dice el 26 de diciembre:

Las noticias que anuncié antes de ayer se han confirmado.

En aquel día se reunieron las Cámaras, y en sesión permanente se constituyó la de diputados, con el nombramiento de presidente y secretarios.

Aun no ha presentado el gobierno la medida anunciada respecto á la anulacion de la renuncia de la princesa doña Antonia: unos creen que esto es algo prematuro, al menos hasta que fallezca el príncipe Don Juan: otros opinan, y no sin fundamento, que las Cámaras actuales no están autorizadas para adoptar semejante medida, y que será necesario disolver la actual de diputados y convocar otra con poderes especiales. Los enemigos del ministerio empiezan á ver en todo esto un ardid para que los ministros conserven por algun tiempo el poder, que se les escapa de entre las manos.

Sea lo que quiera, el caso es que la excitacion anunciada rompió ayer en un movimiento popular y en vias de hecho de un carácter desagradable.

El *Boletín* de ayer mañana daba al príncipe en sus últimos momentos.

Los individuos de uno de los clubs se reunieron por la mañana y se dirigieron á la Cámara municipal, con cuyos miembros seguramente se hallaban de acuerdo, visto que estaban reunidos á pesar de la festividad del día, y les pidieron que les acompañasen al palacio de las Necesidades, á donde se había trasladado el rey, para pedirle el cambio de ministerio, el de toda su servidumbre, y que cambiase de residencia.

La Cámara se prestó á acompañarles para pedir lo último, creyendo que lo demás era intervenir en la prerogativa real; y con efecto, una diputacion de aquella, con sus insignias, seguida de miles de personas, unas con miras políticas y otras por curiosidad, siguieron á palacio, á donde una comision entró á ver al rey. Este procuró tranquilizarlos, y les dijo que suplicarían al pueblo no aumentase sus disgustos con tales demostraciones. Luego se presentó en un balcón el rey Don Fernando con el rey Don Luis, y arengó al pueblo, diciendo que estuvieran tranquilos, y que no había causa para sospechar de la salud de su hijo, que era perfecta, y que iba al momento á cambiar de residencia.

La tropa estaba en los cuarteles: salieron patrullas de la guardia municipal de caballería, y un piquete fué á establecerse en la plaza del Comercio, que es adonde está la Cámara municipal y los ministerios.

El pueblo volvió con los individuos de esta, y al saberse por la multitud que estaba reunida allí y en las calles inmediatas, el resultado de la mision, estalló el motin que estaba preparado bajo el grito de: *Viva nuestro rey Don Luis! Muera el marqués de Loulé, Avila y los ministros!* El pueblo subió allí, rompió una puerta, los ministros parece se salieron por otra que comunica al de Marina, y de seguro, si los encuentran, Loulé y Avila lo hubieran escapado mal. La guardia municipal presenciaba á caballo este desorden.

Entonces se dividieron en grupos con hachones, y gritando se dirigieron los unos á casa de Loulé, presidente del ministerio, á donde le rompieron los cristales; los otros á palacio, á donde la guardia, con bayoneta, les impidió la entrada. El rey Don Fernando salió al balcón y les dijo que el rey Don Luis se había trasladado al palacio de Caxias, que está como una legua mas allá, á la orilla del rio.

Entonces parece que hallaron al conde da Ponte, uno de los camaristas del rey, y contra quien el pueblo está mas encarnizado por sus opiniones lazaristas, y le maltrataron á palos, causándole heridas graves en la cabeza.

Por todas partes corrian turbas gritando: *¡Muera Loulé Ficalho, Avila y varios otros!* Se fueron á los dos circos de Price y Ciniselli y suspendieron las representaciones.

A todo esto, el gobierno, sin atreverse á sacar la tropa de los cuarteles, y la guardia municipal presenciando tales desórdenes, que solo se consentirian en este país. El general Bravo, comandante de la guardia, iba con un piquete y halló un grupo de unos 20 individuos dando gritos desaforados, y recomendándoles se fueran á su casa, le respondieron: *Voce e um tolo*, que significa un imbécil, y siguieron adelante.

Se aseguraba al fin que el marqués de Loulé se había refugiado á bordo de un buque. Como Vds. ven, la situacion es muy grave; el ministerio ha acabado de perder la poca fuerza moral que aun le quedaba, y en circunstancias tan críticas, parece que el rey habrá de llamar al duque de Saldaña, única persona que poseyendo influencia sobre el ejército, podrá calmar una situacion que no se sabe aun á dónde irá, si en Oporto y otros puntos del Norte se imitan estos desórdenes.

Adjunto es el *Diario do governo* de hoy, por el que verán Vds. las medidas adoptadas por la autoridad.

Fuertes patrullas de infantería y caballería pasean las calles, haciendo un alarde de fuerza que ayer podria haber evitado los desórdenes que ocurrieron.

El rey Don Luis no ha vuelto á sentir incomodidad alguna; sin embargo, hay que tener presente que todos sus hermanos tuvieron los mismos síntomas, en mayor ó menor grado, algunos días antes de caer postros con la enfermedad.»

El *Diario de Lisboa* ha publicado por suplemento la siguiente disposicion oficial:

«Ministerio de Negocios del reino.—Siendo indispensable investigar de nuevo todas las causas que pro-

dujeron las graves dolencias de que ha sido acometida la familia real, y que dieron origen á la lamentable pérdida del rey Don Pedro V y la del infante Don Fernando, y examinar tambien el estado de salubridad de los palacios reales de las Necesidades y de Belen, y de sus inmediaciones, para comprobar si existen algunas condiciones de insalubridad á que poder atribuir aquellas enfermedades: S. M. el rey ha teñido á bien crear una comision especialmente encargada de proceder sin demora á dichas investigaciones, de la cual será presidente el par del reino, director de la escuela médico quirúrgica de Lisboa, José Lorenzo de la Luz, y vocales los diputados de la nacion, doctores Cesareo Augusto de Azevedo Pereira, Antonio Egipcio Cuaresma, Lopez de Vasconcellos y Manuel Pereira Diaz; los presidentes del consejo de salud pública del reino y del consejo de salud naval, los facultativos José Antonio Marquez y Cayetano Maria Ferreira de Silva Beirao; los químicos vizconde de Villa-Mayor, Sebastian Betamio de Almeida, y Agustin Vicente Lorenzo, de los cuales los tres últimos deberán proceder á todos los análisis químicos indispensables para el completo desempeño de la comision: esperando S. M. el rey del celo y capacidad del presidente y vocales nombrados, que satisfaran cumplidamente el encargo que les está cometido.

Y que de órden del mismo augusto señor se comunica al presidente de la comision para su inteligencia, y para que así lo haga luego saber á los demás vocales de ella.

Palacio 24 de diciembre de 1861.—MARQUES DE LOULÉ. Además de estas disposiciones, el periódico oficial publica reales órdenes suspendiendo las reuniones de la sociedad patriótica, y dictando severas medidas para el restablecimiento del órden. Ambas órdenes llevan la firma de Loulé, y están fechadas el 25 en el palacio de Caxias.

Su Alteza Real el infante Don Juan falleció el 27 á las ocho de la noche, y la noticia de su muerte acabó de excitar los ánimos del pueblo y de la tropa hasta tal punto que fué necesario suspender en lo posible las demostraciones, cual se había hecho en el funeral de Don Fernando, á pesar de no ser heredero de la corona: sin embargo, no se pudo prescindir de cierto aparato, y el cuerpo se depositó en la iglesia de Belen, á un tiro de fusil de palacio, para conducirlo luego al panteon de sus antepasados.

El resultado de la autopsia era conocido de antemano: *typhus*, pero de una clase tan singular, que á nadie se pega. «Lejos de mí, dice otro corresponsal de Lisboa, el suponer otras cosas, porque no serian hombres, sino monstruos, aquellos que hayan podido cebarse en una familia tan querida y en jóvenes llenos de vida; pero al mismo tiempo el modo sistemático con que empieza á decirse que tal ó cual sugeto de categoria se halla atacado de lo mismo, siendo inexacto, empieza á infundir sospechas de que hay algo que algunos quieren ocultar. Entre estas personas se dice del baron de Kepler, médico primero de cámara, cuya sola enfermedad se reduce á un decaimiento producido por los momentos angustiosos que ha sufrido y del cual está ya muy aliviado.

Entre tanto, los que insisten en que ha habido envenenamiento, siguen acusándose los unos á los otros, y en este país, á donde se llama libertad el uso ilimitado de la pluma y de la lengua, se lanzan mil suposiciones.

Aun hay quien cree que parte del tumulto del 25 fué tolerado por el ministerio para asegurar el poder que se le escapaba de las manos, y lo fundan en el modo con que abandonó en aquella noche el pueblo á sus instintos, estando seguro de reprimirlo despues, como sucedió, y de agruparse en torno suyo á los dos extremos de la Cámara.

De todos modos el ministerio por ahora parece asegurado; pero el carácter irascible de Avila, antipático hasta para sus amigos, á medida que posea mayor fuerza acelerará un conflicto.

Saldaña, apoyado por el general conde de Bomfin, suspenderá por ahora sus esfuerzos; pero la historia de los últimos años ha consignado una verdad. Avila, una vez ministro, no deja el puesto sino por fuerza mayor. Saldaña, cuando ha querido serlo, despues de poner en práctica otros medios, ha apelado á ella en último término.

Su influencia en el ejército como único capitán general es grande, ¿qué sucederá?

El conde da Ponte está fuera de peligro de sus heridas, que adquirieron mas gravedad por lo mucho que se retardó la primera cura.»

Nada mas tenemos que añadir á esta série de noticias; la tranquilidad se ha restablecido, y las Cortes portuguesas han declarado aptas para heredar el trono las infantas Doña Mariana y Doña Antonia, que habían renunciado sus derechos al contraer matrimonio, en prevision de nuevas desgracias en el seno de una familia que tantas ha sufrido.

Revista de Paris.

No todo son ganancias en la profesion de agente matrimonial, ó de casamentero, como diríamos en castellano si existieran en nuestro país personas consagradas á esta singular ocupacion, con su título reconocido, con casa abierta, y por consiguiente con su correspondiente tarifa de precios proporcionados á la dote que tercia en el casamiento, ó para hablar con mas propiedad, en el negocio. Pero en fin, «el nombre no hace nada á la cosa,» como dice el proverbio francés, y en vista de ello conservaremos á los agentes matrimoniales su nombre característico, sin españolizarle, como desearíamos que tampoco se natu-

ralizase en España la industria que ejercen con el beneplácito, debemos confesarlo, de muchas y muy altas familias de la sociedad de Paris que acuden á reclamar sus interesados servicios. Dígalo si no la siguiente historia cuyos pormenores ocupan varias columnas de uno de los últimos números de la *Gaceta de los Tribunales* que tenemos á la vista.

Madama de X... es una mujer inteligente y activa que se ocupa en hacer matrimonios y no disimula su profesion, al contrario, lo que busca continuamente es que se sepa, á fin de que aumente su parroquia. El marqués de Z..., hijo de una de las primeras familias de Francia, ha recurrido á la agencia de madama X..., con la esperanza de contraer un enlace que le asegure una buena fortuna, en cambio de la cual no tiene otra cosa que ofrecer sino su ilustre título. Que su futura sea plebeya, le importa poco, lo indispensable es el dote. Ya este señor se había dirigido anteriormente á otra casa de comision del mismo género, pero parece ser que el primer comisionista no tuvo la suerte ó las relaciones de madama X..., que al punto designó al solicitante una persona que llenaba aquella condicion imprescindible.

La correspondencia que se entabló de resultas de esta primera indicacion merece ser leida. Hé aquí en sustancia lo que el marqués escribió á su encargada de negocios con fecha 28 de febrero de 1860:

«... Mañana antes de dar ningun paso veré á Vd. á fin de que nos pongamos de acuerdo para saber lo que debemos hacer. Ante todo desearia ser presentado al tío de la consabida persona; creo que seria bueno que me viese; en fin, mañana hablaremos de todo.»

Efectivamente, la consabida persona tenia un tío, y este por su parte escribia á madama de X...

«El hombre en cuestion es noble, me he cerciorado de ello, y posee poca fortuna. Me prometo sin embargo, que su casa solariega se halla en buen estado, y que no habrá que gastar en restaurarla cuantiosas sumas... Si realmente desea contraer la alianza de que hemos hablado, considero que á él le toca dar los primeros pasos presentándose á mi sobrina. ¿Tiene casa puesta en Paris ó vive en una fonda? Pienso que lo mejor es obrar prontamente, sin descuidar las precauciones y los informes propios del caso.»

El marqués no tenia menos prisa que el tío de la novia.

«He visto ayer á la persona en cuestion, decia en otra carta, y me conviene bajo todos conceptos; ahora bien, como estamos acordes, suplico á Vd. que obre sin tardanza para obtener una solucion lo mas pronto posible.»

En fin, gracias á los cuidados de madama X..., y al cabo de mes y medio de negociaciones, el marqués fué presentado en la familia, y la jóven, aconsejada por su tío, estaba decidida al casamiento, cuando un incidente inesperado, no sabemos de qué naturaleza, vino á impedir que aquel se realizara.

De todos modos el lance ocurrido desagradó de tal manera á madama X..., que notificó al marqués se abstuviera de verla y de escribirla en lo sucesivo, pues no queria ocuparse mas en buscarle esposa; pero el pretendiente, sin darse por entendido, no solo se volvió á presentar en su casa buscando un partido, sino que la llevó otro parroquiano, su hermano el conde de Z..., á quien animaban iguales disposiciones.

—Señores, les dijo, su visita de Vds. es inútil; pueden Vds. dirigirse á otra parte.

—¿Tiene Vd. alguna razon para obrar así? preguntó el marqués.

—Sí, por cierto; Vds. son conocidos en muchas familias de Paris, y no puedo hacer nada en favor de Vds.

Sin embargo, los dos señores insistieron, y como ofrecieran una remuneracion muy conveniente por el servicio que pedian, madama X... acabó por ceder, y los solicitantes firmaron y la entregaron este curioso documento:

«... Reiteramos á Vd. lo que hemos tenido la honra de decirle acerca de nuestro casamiento, y es que se halla Vd. encargada especialmente de hacer que se verifique con la señorita A... ó la señorita B..., calle de... En el caso en que los dos se lleven á efecto, nos comprometemos por este escrito á pagar á Vd. una suma de 30,000 francos á título de recompensa por sus servicios, cantidad que será entregada en el mes siguiente al de las bodas.—Esta suma de 30,000 francos pagada por nosotros á razon de 15,000 francos cada uno, será garantida á madama X... en el caso en que cada una de las dos hermanas posea 300,000 francos de dote.»

Quedó sobreentendido que si las fortunas de las novias no llegaban á esa cantidad, la recompensa se reduciria proporcionalmente.

La familia A... se negó á escuchar las proposiciones que la dirigieron, y entonces madama X... armó sus baterías contra la familia B...; por conducto del médico de la casa principió por dar todos los informes que poseia acerca de la posicion social de sus dos protegidos, y habiendo parecido satisfactorias estas noticias, los pretendientes fueron admitidos.

Tres meses duraron las negociaciones, y en ese tiempo ocurrieron diferentes peripecias entre los novios; pero al fin el marqués se casó con la mayor de las niñas de la casa.

Una vez convenido el casamiento, comenzó á descuidar las relaciones de madama X... que antes había cultivado con tanto empeño, y hasta intentó que le devolviera el compromiso que había firmado, bajo pretexto de que había renunciado completamente á semejante enlace. En fin, este se celebró, como hemos dicho, y los novios salieron á emprender el viaje de rigor, cuando madama X..., cansada de dirigir reclamaciones que se quedaban sin respuesta, se decidió á escribir esta carta:

«Señor marqués: sabia que era Vd. un hombre de mala fe, como me lo ha probado su correspondencia, pues no ignora usted que conservo todas sus cartas del tiempo en que yo debía casarle con la señorita...»

«Estoy autorizada para hacer casamientos, y no habria presentado á Vd. en la familia B... por una persona que no le conocia, si no obrara en mi poder un escrito en toda regla firmado por Vd. así como por su hermano, y que me serviría si se une igualmente con otra jóven de la misma casa. Ya sabe Vd. cuántos disgustos hemos tenido con motivo de su primera presenta-

ción, y si no le introduce á Vd. en la familia A..., fué porque los informes que tomaron no resultaron favorables.

» Mi marido no tiene nada que ver en mis asuntos ni necesita los servicios de nadie. Conoció á M... en los guardias de corps, y era un hombre honrado, lo que no puede decirse de V., á quien conocimos por conducto de M..., que hacia dos años trabajaba infructuosamente por casar á Vd. He observado todas las consideraciones posibles en nuestras relaciones, pero hoy mismo entrego su escrito á un agente de negocios, con encargo de que persiga á Vd. ante la justicia hasta el pago de su deuda.»

Aquí comienza una serie de calamidades que ha debido sufrir la pobre madama de X... Su marido murió; confiada en el cobro de los 15,000 francos del marqués, hizo varias adquisiciones que no pudo pagar; por salir adelante en sus compromisos trató de tomar dinero á préstamo, pero en esto intervino la justicia y la llevó á la cárcel. En la causa que la formaron apareció otro cargo contra ella; dijeron que se daba el título de condesa X... y exigieron que justificase este título. Por todo esto, la infeliz agente fué condenada á tres meses de encierro.

En medio de estas desgracias causadas en realidad, según su declaración, por la falta de cumplimiento del marqués, este muy lejos de prestarse á satisfacer lo que adeudaba, presentó una queja motivándola en la alteración del título que madama X... poseía.

Hé ahí en resumen cómo cuenta la historia del casamiento del marqués de Z... la que pretende haberle hecho; veamos ahora cómo la explica el interesado ante la justicia.

Si el marqués, dice su abogado, hubiese contraído realmente una obligación, no dejaría por cierto de cumplirla, pero no es así; abriga la convicción de que no ha prometido nada absolutamente, que no se le ha hecho ningún servicio, y que no se le puede exigir ningún salario.

Lo que ha sucedido, es que el marqués, hombre de elevada posición social, ha parecido una presa muy fácil á ciertas personas que viven en París sin fortuna y sin profesiones bien determinadas. Un sugeto que le era completamente desconocido se fué á él, le propuso grandes partidos, con dotes fabulosas, y el marqués, que en efecto trataba de casarse ventajosamente, tuvo la debilidad de dar oídos á este empresario de matrimonios, quien le puso en relaciones con madama X... Esta señora consideró como una tarea facilísima para ella el casar no solo al marqués sino á su hermano, y tomó el asunto con empeño.

Entre tanto había llegado á París una de las parientas del marqués, que concibió el proyecto de enlazar á los dos hermanos con las dos hijas de la familia B... con la cual estaba en las mejores relaciones; pero justamente por esto debía obrar con más discreción, y antes de dar paso ninguno, quiso conocer indirectamente si las personas se convenían. ¿Qué medio imaginar aquí? Una entrevista que fuera casual en apariencia, y en la cual no tuviese ella la menor intervención. El marqués habló de todo delante de madama X..., y esta señora se ofreció á facilitar la entrevista; como conocía al médico de la familia B..., le presentó á los dos hermanos y les propuso que se encontraran algunos días después en uno de los paseos públicos de París. Con efecto, hicieronlo así, y vieron al doctor que se encontraba igualmente con la familia B...; los jóvenes le saludaron, se acercaron á él, hablaron algunos instantes, y después dijeron á su parienta que la impresión había sido de las más favorables, y que por consiguiente podía dar en su favor los pasos que juzgara oportunos para la realización de los planes concebidos.

Y así fué; esta señora se ocupó de todas las negociaciones con el celo que la inspiraba su cariño, y á ella exclusivamente se debe el casamiento del marqués de Z... con una de las niñas de la familia B.

Todo esto se apoyó con pruebas escritas de que no nos haremos cargo, por no alargar demasiado la complicada historia de este casamiento; en suma, el marqués sostiene que el papel de madama X... se ha limitado á facilitar la primera entrevista.

El tribunal, considerando que aunque no resulta de los documentos de la causa que el compromiso contraído por el marqués se aplicara á su casamiento con la señorita B..., le condena á pagar la suma de 500 francos á madama X..., para remunerar aquel servicio que no fué prestado á título gratuito.

Tal es la historia que el diario judicial cuenta con largos pormenores, y que entregada á la publicidad puede comentarse en el seno de las familias como una de las comedias más interesantes y curiosas de la vida social en nuestro tiempo.

Vamos á concluir con diferentes noticias. — Acaban de llegar á París las preciosidades del museo Campana de Roma comprado por el gobierno francés, como anunciamos hace algunos meses á nuestros lectores, y ya se están abriendo las cajas en el Palacio de la Industria, donde debe tener lugar su exposición. Sin embargo, las que contienen las alhajas han sido depositadas por ahora en Tullerías. Los cuadros se están colocando ya, y según los inteligentes forman una colección única en el mundo. Baste decir que hay pinturas como la Cena, de Marjantone de Arezzo, ejecutadas dos siglos antes de Rafael. ¡Qué de riquezas para el arte!

Todas estas obras antiguas se colocarán finalmente en el Louvre en la galería histórica.

También se abrirá muy pronto otro Museo también de antigüedades, pero muy distintas, pues son galo-romanas. Esta colección, no menos interesante para los hombres estudiosos, se instalará en el vetusto palacio de San German, cerca de París, que será restaurado convenientemente antes de abrirse al público.

En la semana última ha muerto en París Alejandro Boucher, el decano de los violinistas de Francia, que contaba en la actualidad noventa y un años. Este famoso artista, á quien apellidaron el *Alejandro* del violín, sobrenombre que conservó aun viviendo el cien veces más célebre Paganini, fué violinista de cámara del rey de España Carlos IV, y en su tiempo hizo las delicias de la corte de Madrid. En la familia de Boucher parece estar arraigada la longevidad, pues el abuelo del artista murió á los ciento veinte años, y el padre á los ciento uno.

Un periódico de teatros trae una enumeración de las óperas nuevas que se han cantado en Italia durante el año 1861, que copiamos aquí por si puede ofrecer algún interés á los aficiona-

dos, y sobre todo á los empresarios, que parecen estar reñidos con las novedades.

La *Penna del Diavolo*, de Quilici; — la *Savoiarda*, de Ponchinelli; — *Adello*, de Mercuri; — *Eleonora de Toledo*, de Zobban; — *l'Espiazione*, de Aquiles Peri; — *Shakespeare*, de Benvenuti; — *Aurora di Nevers*, de Sinico; — *Guerra en quattro*, de Pedrotti; — *Il Mulatieri di Toledo*, de Pacini; — *Isaura di Fisenze*, de Parravano; — *Desiderio, duca d'Istria*, de Stermich; — *Caterina di Guisa*, de Rossi; — *Virginia*, de Petrella; — *il Menestrello*, de Ferrari; — *il Prigionere de Palermo*, de Perriani; — *la Mendicante*, de Sangiorgi; — *la Locandiera*, de Usiglio; — *Belfegor*, de Pacini, y *Mazzeppa*, de Pedrotti.

Con gusto consignamos aquí que existen compositores en Italia los cuales producen obras más ó menos aplaudidas, que se ejecutan para variar un poco el repertorio eterno de Rossini, Bellini, Donizetti y Verdi.

MARIANO URRABIETA.

Una visita á Chiavone.

Desde junio último, es decir, desde el momento en que la guerra del brigandaje comenzó á tomar su mayor extensión en las provincias napolitanas, he asistido en persona á casi todos los hechos de que han sido teatro sucesivamente las cercanías de Nápoles, la Basilicata y las Calabrias, y he visto muertos ó vivos á los jefes de bandas más afamados, ya por sus antecedentes, ya por sus hazañas: solo me faltaba ver al más célebre de todos ellos, á Chiavone.

Muchas personas niegan su existencia, y otras creen que su nombre sirve de bandera á tres ó cuatro jefes de distintas partidas, que aparecen casi á la misma hora sobre puntos distantes los unos de los otros.

Facilmente se comprenderá pues mi curiosidad y mi vivo deseo de ver al *generalísimo* de Francisco II. Una mañana salí de Nápoles con dirección á Sora, acompañado de mi inseparable fotógrafo, y con un equipaje que ocupaba catorce cajones enormes. Como en este artículo solo me propongo hablar de Chiavone, pasaré por alto los episodios de nuestro viaje.

Llegado á Sora, mi primera visita fué para el intendente Homodei, un valeroso lombardo, enviado, en razón de su acreditada energía, para administrar un país de los más ingobernables.

Homodei comenzó por asegurarnos la existencia de Chiavone, y como prueba en apoyo de su aserto, nos enseñó una enorme causa formada contra él, y que contiene la friolera de ciento setenta y dos cargos de acusación. También nos dió á leer una carta escrita la víspera por Chiavone á uno de los hacendados más ricos del país, y en la cual el jefe de brigantes reclamaba á don Agustino 2,000 escudos, bajo pena de ser cogido por sus hombres.

Con la certeza oficial de que Chiavone existía, confesé al intendente que mi único objeto, mi único deseo al ir á Sora, era ver á Chiavone y retratarle... Homodei, á pesar de su valor, se quedó estupefacto; no podía comprender que un hombre dotado en apariencia de toda su razón fuese á exponer su vida alegremente por un motivo puramente artístico. Sin embargo, cuando estuvo bien convencido de que hablaba seriamente, me ofreció cuanto se hallara en su mano. Al cabo de cuarenta y ocho horas de preparativos me dirigí á Veroli, pueblo de los Estados romanos, el más próximo á la frontera. Las negociaciones duraron tres días, y más de quince personas intervinieron en este asunto. Por fin, uno de aquellos á quienes estaba recomendado, me puso en relación con un patriota de Veroli, y este se encargó de dirigirme á una persona que veía frecuentemente á Chiavone.

Dos días después vinieron á buscarme para llevarme á casa de un tercero, donde me encontré con una mujer de unos treinta años, de fisonomía acentuada, y con ojos, cejas y cabellos negros como el azabache. En suma, era una mujer hermosa.

La persona en cuya casa vi á esta mujer, nos dejó solos después de habernos presentado uno á otro y de haberla asegurado que podía tener confianza en mí. Entonces expuse á *Vincenza Sacqui* (así se llamaba), mi vivo deseo de ver á Chiavone, de hablar un poco con él, y sobre todo de hacer su retrato.

Vincenza era una buena mujer, que no me disimuló ninguno de los peligros que me esperaban. Por su parte, se ponía enteramente á mis órdenes, pero ella no podía hacer mucho, no era más que la mediadora entre Chiavone y las personas que en Veroli le entregaban cartas, dinero y provisiones para el ilustre brigante. Además, aun era de temer que la mujer que estaba con Chiavone, sumamente celosa, no me armara algún lazo, justamente porque llevaba la recomendación de Vincenza.

Por último, comprendiendo que nada podía vencer mi resolución, me dijo:

— Venid pues; de una cosa os respondo, y es que mientras esteis conmigo y en mi casa, nada malo os sucederá.

Di las más vivas gracias á la buena mujer; y luego para mantenerla en sus buenas disposiciones, le entregué algún dinero á cuenta de la suma que la había prometido, si regresaba sano y salvo de mi excursión.

Convenido todo, nos citamos para las doce del día fuera de la puerta de Nápoles, y como era día de mereado, ella compró las provisiones que la había encargado Chiavone.

A esa hora tres mulas y cuatro borricos nos esperaban en las inmediaciones de Veroli; Vincenza llegó con una porción de sacos y de cestos llenos de provisiones. La hi-

cimos montar en un pollino tan grande como un caballo; los comestibles se cargaron sobre dos borricos; mi fotógrafo y yo tomamos las mulas, y la caja de los instrumentos y de los productos se ató sólidamente á la otra mula.

Los arrieros (cada animal tenía el suyo) formaban con una mujer que llevaba en la cabeza un cesto lleno de botellas de licores, y el criado de Vincenza, una caravana que presentaba un aspecto bastante pintoresco. Al cabo de tres horas y media de marcha, estábamos en una aldea llamada *Scifelli*.

En este pueblo ejercía Vincenza la profesión de estancuera y vendedora de licores.

Debemos confesar que no estábamos muy tranquilos, y que maldecíamos interiormente nuestra excesiva prudencia, que nos había hecho dejar nuestras armas con nuestros papeles en Veroli.

Figúrese el lector nuestra entrada en un lugar donde apenas existen cien casas; á la puerta de estas casas hombres armados jugando á las cartas en el suelo, otros en pie mirándonos pasar con aire de amenaza; toda la chiquillería del país nos pedía limosna, y las mujeres hacían señales á los hombres designando nuestra caja y nuestros vestidos. Ya no era posible retroceder; estábamos, como se dice vulgarmente, en la boca del lobo, y era preciso ver cómo salíamos del apuro.

Sin embargo, Vincenza hizo cesar con una ojeada todas aquellas muestras amenazadoras, y mandó á los muchachos que nos dejaran.

Era en efecto, la verdadera soberana del pueblo.

Un instante después estábamos delante de su casa, en la cual nos invitó á entrar mientras se entablaban las negociaciones relativas á nuestra visita.

Cuando los arrieros la preguntaron si debían descargarse y marcharse, ella les respondió con un ademán que no se menearan.

El interior de la tienda estaba lleno de brigantes jugando á las cartas y bebiendo.

Dos heridos, el uno en la pierna y el otro en el hombro, estaban medio tendidos sobre un banco arrimado á la pared; otro, devorado por una fiebre ardiente, que venía de la montaña y se dirigía al hospital de Chiavone en San Giovanni, trataba de calmar la sed abrasadora que le consumía bebiendo con avidez una botella de ron, en la misma botella.

En suma, era aquella la guarida de los enfermos, los heridos y los inválidos. Júzguese pues cuál sería el efecto que produjo nuestra entrada en medio de tales gentes...

Cada cual se adelantó hácia Vincenza para preguntarle si había ejecutado los muchos encargos que la dieron. A este dió unos zapatos, al otro una gallina, al otro pañuelos, pantalones, sombreros, etc.; parecía la Providencia de todos aquellos hombres.

Una vez que se esparció la noticia de la llegada de Vincenza, vimos entrar á una porción de brigantes que bajaban de la montaña, deseosos ellos también de recibir los objetos que habían mandado comprar en Veroli, y sobre todo, las provisiones de su general.

Entre ellos venía un mozo de formas hereúlicas, con sombrero redondo, chaqueta y calzon de terciopelo (ambas piezas nuevecitas), medias blancas y zapatos muy lustrosos, en fin, el traje de un labrador rico, quien presentó á Vincenza un plieguecillo de papel en el que había tres ó cuatro renglones escritos, y adornado abajo con un ancho sello.

Vincenza besó la firma y entregó al moceton tres paquetes de tabaco, seis paquetes de cigarros y pipas.

Después apareció un hombre grueso y rechoncho vestido con el uniforme del soldado francés. — Nada faltaba: zapatos y polainas, pantalón encarnado, ancho cinturón azul, capote gris con charreteras de lana encarnada, corbata azul y kepi; los botones del capote y del kepi tenían el número del 25º regimiento de infantería francesa.

Nuestra sorpresa fué muy grande, tanto, que nos acercamos á él y le dijimos:

— ¡Cómo! ¿hay soldados franceses aquí?

El hombre nos miró estupefacto y nos respondió con un *non capisco*, que al punto nos dió la clave del enigma. Recordamos las compras hechas por cuenta de Francisco II en el *ghetto* de Roma, compras negadas después de la publicación del memorandum del barón Ricasoli...

Finalmente, una docena de brigantes entraron en la tienda, y Vincenza se apresuró á entregar á cada uno sus provisiones, invitándoles á que se fueran cuanto antes, una vez que las habían recibido.

El moceton hereúlico se cargó á hombros el barril de vino destinado á Chiavone. Las botellas de licores, de ron y de rosoglio, el pan tierno, los pollos, el tocino, un enorme cuarto de ternera, las verduras secas, el macaroni, las frutas, en fin, todo lo que formaba la parte del *general* fué también distribuido entre los hombres que debían llevar el todo á casa de Chiavone.

Poco á poco se había ido desocupando la tienda, y Vincenza llamó aparte al brigante vestido de soldado francés y á uno de sus compañeros.

Su confianza duraría media hora; ignoro lo que se dijeron, pero vi á Vincenza hacer muchos ademanes, y al fin me dijo con una sonrisa:

— Todo va bien; el capitán va á conducirlos cerca del general...

El que designaba con el título de capitán, era un hombrecillo de rostro muy tostado.

Luego llamó á dos mujeres, hizo descargar la caja de instrumentos, y mandó que se la pusiera en la cabeza á una de las dos *ciociarresse* que debían acompañarnos; nos dió un paquete de cigarros, nos obligó á tomar una copita de rosoglio, advirtiéndonos que el camino era largo y penoso, y se despidió deseándonos un pronto regreso.

Los asnos y las mulas debían esperarnos en Scifelli, y

Vincenza se encargaba del cuidado de los hombres y de los animales.

No sin cierta opresion de corazon nos despedimos de nuestra protectora; el apretón de manos que la dimos fué ciertamente de los mas cordiales. La buena mujer nos echó una última mirada que queria decir:

— Nada temais, que estoy alerta.

Hémos aquí pues en el camino que conduce al retiro de Chiavone.

El teniente y el capitan, — esto es, el que lleva el uniforme francés y el hombrecillo de rostro curtido, — marchan á nuestro lado, y delante y detrás van los brigantes cargados con las provisiones que Vincenza habia traído.

El capitan es muy hablador y trata de buscarnos la lengua, pero nosotros ponemos en accion el precepto que recomienda la sabiduría; lo reflexionamos bien antes de pronunciar la palabra mas insignificante, finjimos que no comprendemos bien el italiano, y tiene que repetir muchas veces sus preguntas.

Quiere saber si somos coronel ó general, si hace mucho tiempo que hemos salido de Roma, cómo está de salud *nostro buono re Francesco*, si van á llegar pronto los uniformes, mantas, zapatos, e.c...; contándonos tambien que hace algunos dias unos oficiales alemanes han querido ver al general, pero que despues de haber esperado tres dias en el convento de *Casa-Maria*, Chiavone no quiso recibirles... La víspera otros oficiales fueron mas felices.

Un coronel austriaco y dos coroneles bávaros, venidos expresamente de Roma por orden de Francisco II, se apearon en Casa-Maria, y despues de haberse dado á conocer al superior, este los llevó al general.

Pasaron el dia en el campo de Chiavone, y no bajaron hasta por la noche, despues de haberlo examinado todo y dado algunos consejos relativos al armamento. — Son los inspectores generales de los ejércitos de Francisco II. — Antes de despedirse del *general*



Luis Alonzo (a) Chiavone.

quisieron comer con él, y las provisiones que habian traído habian dejado tan exquisito recuerdo en el espíritu del capitan y del teniente, que no hablaron de aquella buena comida sin derramar una lágrima de gratitud. Hubo sobre todo una gallina trufada enviada de Roma á Chiavone, que excitaba en ellos un enternecimiento interesante.

A todas sus preguntas y 'confidencias nosotros respondíamos con monosílabos. Constantemente decíamos *si*, aunque sin guardar sin embargo una actitud demasiado reservada, que habria podido excitar su desconfianza. Finalmente, al cabo de una marcha de cerca de tres horas, llegamos á la vista de una casa situada en la última cumbre del monte.

— Estamos al fin de nuestra ascension, nos dijo el capitan.

Las mujeres que se habian relevado á lo largo del camino para llevar la caja, la depositaron en el suelo cerca de un tronco de árbol hueco que estaba tendido transversalmente y servia de arca á los gorrinos, y se sentaron á su lado.

Una casa de dos pisos se veia enfrente de nosotros: — allí estaba Chiavone.

Nuestros guias entraron en la casa, y nosotros nos sentamos fuera encima de unas piedras... Media hora trascurrió; ya comenzábamos á cansarnos de esperar, cuando el capitan salió de la casa, se acercó á las dos *ciociarrese*, las habló en voz baja, las puso alguna cosa en la mano y las despidió, y luego se volvió adentro sin desplegar sus labios.

No comprendíamos qué significaba aquello, y así fué que al cabo de algunos minutos mas, a riesgo de incomodar á los brigantes, comenzamos á dar golpes con el baston, única arma que habíamos conservado, en la puerta por donde habíamos visto entrar á todos aquellos que habian venido con nosotros de Scifelli.

Al punto la puerta se abrió y vimos desfilar delante de nosotros unos sesenta hombres armados, que contaban y guardaban



Voluntarios de la partida de Chiavone.

dinero en sus anchos bolsillos. Entonces comprendimos la causa de la tardanza en hacernos entrar: era la hora de la paga, hora solemne, y á la cual ninguno habia faltado.

Casi inmediatamente el capitán vino á nosotros y nos dijo:

— El general os espera.

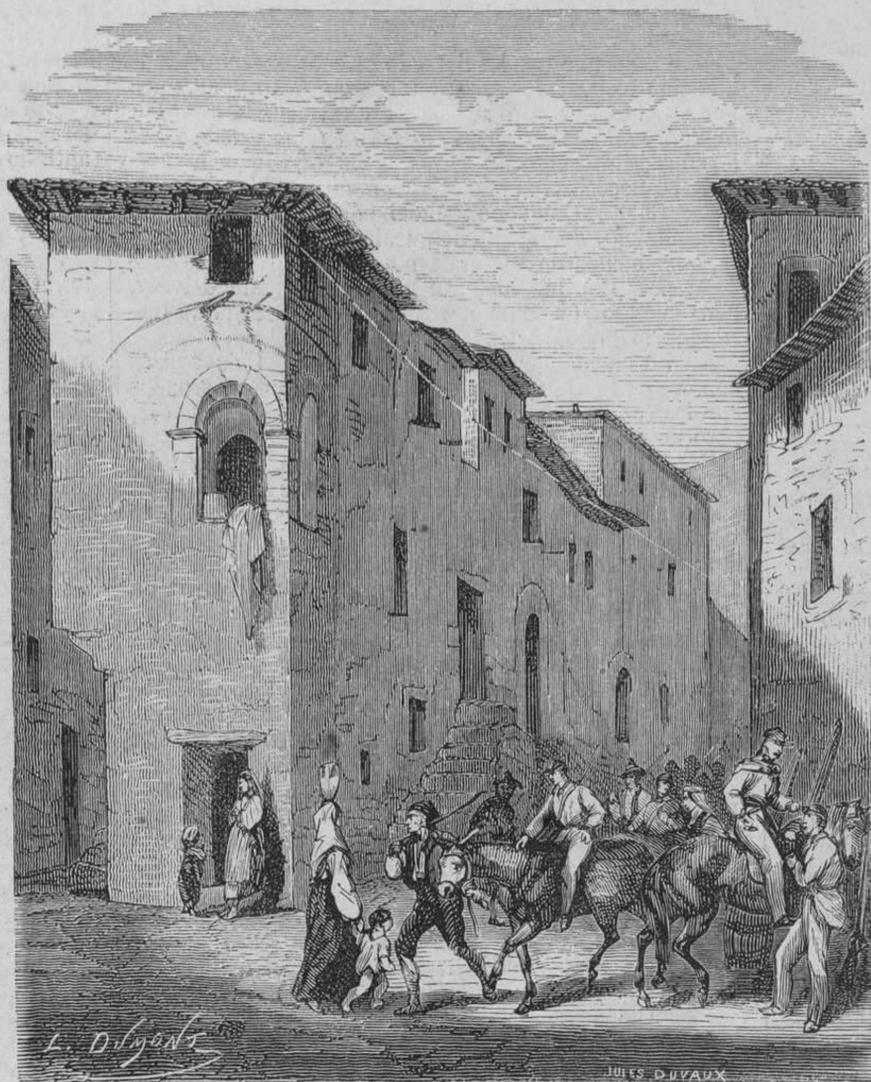
El capitán nos precede enseñándonos el camino; subimos algunos escalones y penetramos en un vasto aposento, bastante oscuro á pesar de las tres ó cuatro lamparillas que alumbran imágenes de santos.

Los muebles consistían en una cama, algunas sillas, una mesa pequeña, dos arcas de pan y un armario; pegadas á las paredes habia algunas santas imágenes y varios fusiles estaban arrimados sin orden á los muros. Cuatro hombres y dos mujeres se encuentran en esta habitación. A nuestra entrada uno solo se levanta, que es un hombre de estatura ordinaria, de rostro franco, abierto y simpático; se llega á nosotros con los brazos abiertos, nos abraza á la moda italiana y nos dice:

— Bien venidos seáis; todo lo que hay aquí es vuestro, personas y cosas...

Esta acogida tan afable nos dejó parados. Yo tomé la palabra y dije á Chiavone:

— Soy un escritor, y deseo ver y conocer todo lo que es extraordinario. En nuestro siglo tan positivo, vos sois una excepcion de las mas curiosas. He venido aquí á retrataros, con vuestro permiso, y como busco por todas partes documentos auténticos sobre la historia de este pais y de esta época, vengo también á suplicaros que tengais á bien darme vos mismo todos los detalles y explicaciones sobre vuestra vida, y los motivos que os han impelido á defender la causa de Francisco II. Si quereis satisfacer mi deseo, pasaré dos dias aquí: mas si os repugna, por el contrario, el acceder á lo que os pido, me volveré á Veroli tranqui-



Casa habitada por Chiavone en las alturas de Scifelli.

de color de topacio, — marsala, — vino hervido, y finalmente champaña Moët con café y coñac de Francia, cosa rarísima en Italia, tal es la lista de la cena, servido todo ello con el mayor aseo...

A eso de la una de la madrugada Chiavone nos invitó á descansar y nos ofreció su lecho, en el cual habian puesto sabanas limpias. Para él mandó sacar un colchon, se envolvió en una manta, y muy luego en aquel aposento tan bullicioso hacia un instante, no se oyó mas que una respiracion igual y acompasada.

Todos los convidados se habian retirado.

A la otra mañana á cosa de las ocho, fuimos á preparar el aparato fotográfico, y poco despues teniamos una primera prueba de Chiavone en su traje de todos los dias. Salió muy bien, pero desgraciadamente, al regreso se nos rompió en el camino. Suplicamos á Chiavone que se pusiera el célebre uniforme de que tanto se ha hablado en estos últimos tiempos; y el jefe, que hacia todo cuanto queriamos, mandó á buscarle y con él le retratamos, tal como se ve en la fotografia que acompaña á este artículo.

Facil es comprender las dificultades que teniamos que superar; pero en fin, bien ó mal salimos del paso. En tanto que trabajaba nuestro fotógrafo, dibujábamos al lápiz algunos tipos de brigantes, en el fondo unos pobres diablos, que se prestaban gustosos á nuestros deseos. Era una escena bastante curiosa la que presentábamos en medio de un centenar de brigantes bien armados, nuestro fotógrafo sacando á Chiavone, y yo dibujando los tipos mas notables.

Distinguí un viejo brigante que lo menos tendria setenta años, completamente absorbido en la lectura de un libro que juzgué seria alguna obra devota. Me acerqué al viejo bandido y le pedí por un



Iglesia de Trisulti.

estatura ordinaria, robusto y bien proporcionado; sus ojos son azules, su barba y su pelo castaños. En el semblante se parece algo al general Turr. Habla bastante bien el italiano. En suma, es un hombre cuyo aspecto y apostura indican un término medio entre el *contadino* pudiente y el soldado. Iba vestido con los *ciocie* indispensables en las montañas, pantalon de terciopelo negro, camisa de franela á la Garibaldi, un raglan y un sombrero redondo á la española. En su cinto encarnado llevaba un revolver de seis tiros.

Al cabo de algunos instantes de seria reflexion, Chiavone nos contestó que consentia gustoso en dejarse hacer el retrato; que en cuanto á su vida, en la mañana siguiente nos daria todos los detalles que pudiéramos desear, no pudiéndonos complacer en esto inmediatamente, porque tenia mucho que hacer aquella noche...

... Las personas que se habian alejado á nuestra llegada volvieron á entrar, y las visitas menudearon. Chiavone distribuyó bastantes monedas entre sus hombres, y por fin, á eso de las diez, viéndose desembarazado de toda su gente, salió para ver si cada uno estaba en su puesto, si vigilaban los centinelas, si las hogueras estaban encendidas y si cocian las marmitas, despues de lo cual volvió al aposento en donde le habiamos encontrado al llegar, y mandó que sacaran la cena.

Muy lejos estabamos de pensar que nos esperaba allí un banquete. La cocinera de Chiavone (¿quién lo creería!) es maestra. El macaroni, — pollos á la Marengo, — cordero con pasas de Corinto, — un cuarto de venado, — ternera con cebolletas, — coliflores á la parmesana, — magnificas frutas, — vino de los Abruzzos con reflejos



Convento de Trisulti.

lamente lo mismo que he venido.

Al hablar así guardábamos una actitud firme y digna. Chiavone tenia nuestra mano en la suya y no la sentia temblar, y en tales ocasiones el primer momento es el terrible. Chiavone despues de haber reflexionado algunos instantes, nos respondió:

— Venid á sentaros á mi lado y hablaremos un poco.

Y al decir esto hizo una señal, y aquellos que estaban sentados, hombres y mujeres, se levantaron. Todos nos miraban con ojos escudriñadores; poniamos gran cuidado en dejar ver que no éramos portadores de armas, ni aparentes ni ocultas.

Chiavone es, como he dicho, un hombre de rostro franco y abierto, de



Frtailes y voluntarios de Chiavone en el refectorio del convento de Trisulti.

minuto el volúmen: era un libro que explicaba los sueños, y que daba con esta explicacion los números que salen premiados en la loteria. Este viejo jugaba todas las economias que podia hacer con su paga de cuatro carlines diarios; dos veces cada semana iba á Veroli en busca del ambo y del ternó.

Despues del almuerzo, que fué tan opiparo como la comida de la noche anterior. Chiavone me contó su vida.

No puedo entrar en un artículo de periódico en los pormenores de una existencia tan llena de incidentes desde hace un año, y así es que voy á resumir en algunas líneas la biografía del general brigante. Luis Alonzo (a) Chiavone, nació en Sora en 1827. Su abuelo Valentin habia for-

mado parte de las bandas que bajo el mando de Gaetano Mammone desolaron durante largo tiempo la ciudad y la provincia de Sora.

Se recordará que la reina María Carolina, la mujer de Fernando IV, la amiga de lady Hamilton, había nombrado al bandido Gaetano Mammone, su general, su *alter ego*.

A este hombre escribían el rey Fernando IV y la reina Carolina: — « MI QUERIDO GENERAL, MI QUERIDO AMIGO. »

Léanse en *Coletta* y en *Botta* todos los detalles de los horrores y los crímenes cometidos por Mammone...

El abuelo de Chiavone fué uno de los principales capitanes de Mammone; pero eso sí, supo hacer ahorros, y con el producto de sus crímenes compró una casa y tierras, dejando a su muerte una pequeña fortuna que aumentó su hijo, llamado Gaetano, en recuerdo de Gaetano Mammone, que había sido su padrino...

... Chiavone pasó su juventud como la pasan los mozos de su condicion, trabajando lo menos posible, y comiendo y bebiendo portentosamente.

Rechóncho y muy vigoroso imponía respeto á sus compañeros, entre los cuales llegó á tomar una especie de ascendiente.

En el ejército, Chiavone no pasó del grado de sargento, y habiendo regresado á Sora, fué nombrado guardabosque del lugar; entonces comenzó á revelarse como digno heredero de su padre y de su abuelo.

Jamás se cometieron menos delitos; los montes de Sora debían ser los que estaban mejor guardados de los de todo el reino. Nunca se cogió á ningun delincuente, y en fin, si la selva de Sora era el modelo de las selvas, Chiavone fué, sin contradicción, el fénix de los guardabosques.

El pueblo debía sacar magníficos productos de unos montes tan bien vigilados; debía hacerse rico...

Desgraciadamente para Chiavone, este estado de dulce prosperidad no duró mucho tiempo. En efecto, cuando la autoridad, muy orgullosa con el guarda, examinó el estado de los montes, sufrió los desengaños mas crueles.

Chiavone no tenía necesidad de perseguir á nadie, pues leñadores, carboneros, cazadores en vedado, etc., le pagaban un tributo.

Chiavone había resucitado en su beneficio los tiempos feudales; era dueño y señor de todo aquello; los montañeses habían usado y abusado del derecho que les acordara el guardabosque.

El resultado de todo esto fué simplemente la destitución de Chiavone. El recuerdo de su abuelo le protegió cerca de monseñor Montieri, obispo de Sora, quien impidió que le formaran causa.

Entregado á la inacción, el futuro jefe de bandas, como si hubiese tenido el presentimiento de su destino, continuó manteniendo bajo una especie de dominación á los aldeanos y á los montañeses, con los cuales había entablado tan buenas relaciones.

De este modo pues, cuando á fines de setiembre de 1860, despues que Garibaldi puso sitio á Capua, el famoso coronel Lagrange salió de Gaeta para fomentar la insurrección en los Abruzzos, Chiavone fué uno de los primeros que le salieron al encuentro, con la partida que había formado.

Chiavone con su cuadrilla tomó una parte activa en todas las hazañas de los montes.

Como era hijo del país, Lagrange le había cobrado afecto, y gracias á sus consejos, las poblaciones de Sora, Isola, Arpino, etc., hubieron de sufrir impuestos y vejámenes de toda especie.

Posteriormente, cuando Lagrange tuvo que retirarse á los Estados pontificios de resultados de la entrada del ejército piomontés en los Abruzzos, Chiavone se volvió tranquilamente á Sora y se alistó en las filas de la guardia nacional.

En todo el tiempo que perteneció á esta institución, fué un guardia nacional modelo; pero cuando el intendente de Sora volvió el 1º de diciembre á tomar posesión de su gobierno, acompañado de un batallón de tropas piomontesas, Chiavone, que tenía ciertos pecadillos sobre su conciencia, juzgó oportuno desaparecer como un duende, y se refugió en Casa-Maria, en los Estados romanos.

El intendente de Sora había movilizado la guardia nacional de Casalvieri, y había llamado un centenar de guardias nacionales de esta población á Sora, para que le sirviesen de guardias de corps.

¡Singulares misterios del corazón humano! Así que supo Chiavone que los de Casalvieri daban la guardia en la ciudad de Sora, su país natal, sintió un vivo despecho. Es preciso decir que desde tiempo inmemorial los habitantes de Sora y los de Casalvieri han vivido en la peor inteligencia. Chiavone envió al punto un mensaje al intendente de Sora, intimándole la orden de licenciar á la guardia nacional de Casalvieri en el término de veinte y cuatro horas, sin lo cual él bajaría de la montaña á la cabeza de los hombres que había reunido, y arrojaría de Sora á los consabidos guardias nacionales y al intendente. Las cosas llegaron á tal punto que este último, que no cobraba sueldo para ser valiente, huyó de Sora el 3 de diciembre á eso de las siete de la mañana, abandonando sus guardias de corps al señor Chiavone.

Como lo había anunciado, el jefe de banda entró, el 3 de diciembre á las cuatro de la tarde, en la ciudad de Sora.

Un solo guardia nacional de Casalvieri, que no había querido huir, fué muerto, así como también un garibaldino. Los demás guardias nacionales, imitando el ejemplo del intendente, se apresuraron á salir de Sora para fortificarse en su pueblo.

Durante cinco días Chiavone fué el soberano absoluto de Sora.

Una cosa que me ha llamado extraordinariamente la atención en Chiavone, es su respeto y su veneración por Garibaldi. Ignoro si lisonjeara á Garibaldi este homenaje de Chiavone, pero el hecho es que existe, y debo consignarlo aquí.

Si se necesitan ejemplos, hé aquí uno bien concluyente. Cuando Chiavone mandaba en Sora, se instaló en el municipio, donde se encontraban, en la sala del consejo, los bustos de Victor Manuel y de Garibaldi. Chiavone permitió que hicieran pedazos el busto del rey, pero cuando sus compañeros quisieron tocar al de Garibaldi, lo impidió y les trató duramente.

En los cinco días que estubo en Sora, Chiavone se contentó con destruir los emblemas reales adornados con la cruz de Saboya, y restableció los de Francisco II, pero no cambió en nada el sistema municipal.

Por fin, el quinto día al caer la tarde, el padre del síndico de Sora ofreció 50 ducados á Chiavone, á fin de que comprara pan para sus hombres, y se los volviera á llevar á la montaña. Chiavone, que había cumplido su designio, que era, como sabemos, arrojar de Sora á los guardias nacionales de Casalvieri, como nada tenía ya que hacer en la ciudad, tomó el camino de las montañas y regresó á su campo.

Durante el mes de diciembre Chiavone reforzó su banda. Su cuartel general estaba como está hoy en Scifelli. El lugar de reclutamiento, el sitio adonde le llegaban los refuerzos enviados de Roma por Terracina, era el convento de los cistercienses en Casa-Maria. En este convento los recién llegados prestaban su juramento de fidelidad á Francisco II y á su representante el *general* Chiavone. Cuando á principios de enero el general Sonnaz se apoderó de Casa Maria, faltó muy poco para que fueran cogidos á la vez toda la banda con Chiavone á la cabeza y los PP. cistercienses.

Algunos días despues, en enero de 1861, *Bauco* fué sitiado, y Chiavone se encontraba en este pueblo con toda su cuadrilla. Esta acción de Bauco costó un número considerable de muertos y de heridos al ejército piomontés, que al cabo tuvo que levantar el sitio.

Cuando el general Sonnaz hubo regresado á las provincias napolitanas, Chiavone pasó con Christen á los Abruzzos.

El 28 de enero en Fieti, el coronel Quintini derrotó tan completamente á Christen y á Chiavone, y les mató tantos hombres, que les costó mucho trabajo entrar con sus restos en los Estados del papa.

Desde entonces Chiavone ha combatido siempre en la frontera, y en estas escaramuzas continuas las tropas no han dejado nunca de vencerle. Las acciones de los días 4 de abril, 11 y 29 de julio, 25 de agosto, 10 y 30 de setiembre y 14 de octubre fueron las mas notables, aunque no han producido ningun resultado decisivo. En efecto, mientras las bandas tengan la facultad de refugiarse en los Estados romanos, no se acabará con ellas. Caen hombres por una y otra parte, se recogen heridos, se hacen dos ó tres prisioneros que son recíprocamente fusilados, y hay que volver á empezar al día siguiente.

Se supone que el *general* al contarnos su vida nos presentaba sus actos bajo un aspecto distinto. Pero el tiempo volaba; los retratos, las confidencias y el almuerzo nos habían entretenido mas de lo que esperábamos.

Muchos brigantes llegaron sucesivamente, unos de la Hanura y otros de la montaña. Entraban, hablaban al oído á Chiavone, le entregaban mensajes y se iban. A eso de las doce el capitán de la banda apareció con un saco negro de cuero; era la maleta de las cartas. Chiavone recorrió su correspondencia. Había cartas de todas clases y todas dirigidas á S. E. el *general Luis Chiavone*.

Tres veces por semana un correo trae de Roma á Scifelli las instrucciones y las cartas que Francisco II, sus ministros, sus generales y los comités borbónicos envían á Chiavone. El servicio se hace con toda regularidad, mediante dos antiguos correos de la posta real.

En la larga conversacion que tuve con Chiavone pude convencerme de una cosa, y es que Chiavone no posee una profunda adhesión á Francisco II. Es un lugareño que habiendo sido soldado, ha comprendido que es mas grato mandar que obedecer. Su primer cuidado, cuando por recomendación del obispo de Sora le llamaron á representar el papel que desempeña hace un año, fué encargarse un uniforme de general con galones de oro. Gasta botas y espuelas y lleva un látigo.

De este modo Chiavone tomó el título de general en jefe de los ejércitos de Francisco II. Todos sus hombres le llaman ciegamente *general*, y en los pueblos fronterizos de los Estados romanos no se le conoce mas que con ese título.

Los aldeanos en los días de mercado, cuando hablan de él, dicen: el *general*.

Chiavone me enseñó los retratos fotográficos del rey Francisco II y de su mujer la reina Sofia. Entrambos tienen el letrero siguiente escrito por el rey y por la reina: AL MIO CARISSIMO AMIGO E GENERALE LUIGI CHIAVONE.

Chiavone nos llevó á visitar su campamento que se halla situado sobre la meseta de la montaña. Consiste en una porción de barracas de madera que pueden contener unos mil hombres, habiendo también abrigos para bueyes, carneros, cabras, cerdos y gallinas, que no escasean por cierto. Bajo un cobertizo hay dos cañones de montaña con sus cureñas y sus cajas de municiones.

Chiavone posee una gran cantidad de municiones, 192 bombas, 200 granadas y otros proyectiles incendiarios. La cifra de los hombres en activo servicio asciende

á 394, que reciben cada uno 4 carlines por día, con mas, el pan y la leña. Los ganados que cogen les pertenecen en comun. De esos 394 hombres, 55 visten el uniforme francés del 25º de linea, ropas de deshecho compradas en el ghetto de Roma, despues de la marcha de este regimiento; 14 están vestidos de cazadores del antiguo ejército napolitano, y otros llevan algunas prendas de uniforme; pero la mayor parte de ellos usan el traje de los aldeanos de su país; en resumen, pobre traza y pobre gente.

Pasé el día en casa de Chiavone, pues era demasiado tarde para bajar á Scifelli.

En la mañana siguiente viendo á Chiavone caviloso, le pregunté qué era lo que tenía, y él entonces me hizo mil preguntas sobre la situación del papa y de Francisco II. Sobre todo quería saber si era verdad que las Calabrias se hallaban en poder de los realistas; me enseñó cartas de los generales Vial y Clary, y del famoso Giorgi, en las cuales le afirmaban que las expediciones salidas de Malta habían logrado levantar todas las Calabrias y la Basilicata, y que iban á dirigirse á Nápoles.

Poco trabajo me costó demostrarle la falsedad de semejantes noticias...

En el calor de la discusión, le pregunté: — Pero, en fin, ¿cuál es vuestro plan? ¿qué porvenir se os presenta y á qué os conducirá la vida que lleváis?

Chiavone me respondió: — Mi plan es arrojar á los piomonteses y marchar á Turin para proclamar allí á Francisco II en lugar de Victor Manuel.

Yo llevaba un mapa de Italia; le pregunté si se había formado una idea del punto que ocupaba Turin, y le hice ver que no había mas que dos caminos: ó salir de Roma, pasando por Ancona, Bolonia y Milan para llegar á Turin, — ó salir de Civita Vecchia, desembarcar en Génova, y de aquí marchar á Turin...

Se quedó estupefacto, pues comprendió cómo abusaban de su ignorancia.

He visto otra vez á Chiavone herido en el hombro izquierdo. No concibe cómo los franceses, que siempre le habían dejado en paz, le persiguen con tanta obstinación desde hace algunos días... Yo le he prometido que si llega á morir durante mi permanencia en estas provincias, le haré otro retrato despues de muerto.

P. P.

Romance histórico.

Ya sale el rey Don Rodrigo
A campaña con su gente,
Para vengar en los moros
Agravios de un conde alevé.
Ya trueca el dorado cetro
Por el mandoble luciente,
Y ya con ira relumbran
Sus ojos, tranquilos siempre.
Soberbia coraza viste
De acero bruñido y fuerte,
Y rica corona de oro
Ostenta sobre el almete.
De vez en cuando, en sus labios
Vaga una sonrisa leve,
Triste recuerdo sin duda
De sus perdidos deleites,
O dulce presentimiento
Que á la victoria le impele.
Otras veces, de su pecho
Que brotan ayes parece,
Que unos traducen en odio,
Y otros en temor imbécil.
¡Y no es extraño! que vive
En una edad de placeres,
Y por sus venas circula
Alta sangre de reyes.
Cerca de Jerez, su campo
Alza el árabe insolente,
Que con Tarif por caudillo
España á invadir se atreve.
Y allí el conde don Juliano
Medita con los infeas,
La derrota de los godos,
Que él prepara y Dios protege.
Ya las huestes enemigas
Se aperciben y se mueven:
Ya del hierro contra el hierro
El rudo choque se siente,
Y en las chispas que derrama
Los corazones se encienden.
Allá va el rey Don Rodrigo,
De un bravo potro jinete,
Que oyendo el nombre de *Orelia*,
No hay riesgo que no atropelle.
Allá va, suelta la brida,
Y descubierta la frente,
Clavando el duro acicate
En el bruto, á quien parece
Prestan su fuerza y sus alas
Huracanes y torrentes.

Mas ¡ ay! que ya de los suyos
La rota afrentosa advierte,
Y en vano ¡ al árabe! grita
Y contra el árabe vuelve.
Escrita está de los godos
La destruccion y la muerte,
Y se cumplirá lo escrito
Porque el destino lo quiere.

Allá va el fogoso *Orelia*,
Sin freno ya y sin jinete:
Allí flotan sus despojos,
Del río en las ondas leves:
Allí la familia goda
Honor y existencia pierde,
Y allí en lágrimas y sangre
Encuentra España su muerte,
Que solo lloran corriendo
Las ondas del Guadalete.

LUIS DEL PALACIO.

Al revés te lo digo...

Mucho trato á una muchacha
A quien no he visto siquiera,
Que está en la flor de sus años,
Porque ayer cumplió noventa.

Sé que es de gran estatura
Porque no ha crecido apenas,
Y como tiene diez hijos
Me presumo que es doncella.

Es natural de Sevilla
Y por lo tanto gallega,
Con tan soberbio talento
Que brilla por su simpleza.

Es mas cristiana que un turco,
Mas sensible que una hiena,
Mas pura que el vino aguado
Y mas débil que las peñas.

Como la tinta es de blanca,
Como los micos de bella,
Tiene el garbo de un camello
Y de un buey la ligereza.

Casarse quiso muy jóven
Solo por vivir soltera,
Y en el día de la boda
Llevó una palma á la iglesia.

Al primer varon que tuvo
Le puso por nombre Elena,
Y hasta que salió de quintas
No le entregó á una pasiega.

Para que anduviese listo
Solía atarle las piernas,
Tapaba sus piés con guantes
Y las manos con calcetas.

Para que fuese muy sabio
Le prohibió ir á la escuela,
Y para hacerle robusto
Le tenía siempre á dieta.

Le curó unos sabañones
Con paños en la cabeza,
Y con un parche en el codo
Unos dolores de muelas.

Le abrigaba en el verano
Con tres mantas de Palencia,
Y en el invierno le hacía
Que durmiese en la plazuela.

Cuando rabiaba por novia
Le decía, muy serena,
Que tratara de casarse
Con una monja profesa.

« Hijo mio (proseguía
Dándole consejos terca)
Si quieres vivir en paz,
Vete corriendo á la guerra.

No te juntes con los buenos
Y échate amigos en Ceuta,
Que la manzana podrida
Se mejora entre las buenas.

Cuando escribas una carta
No busques papel y obleas,
Y vete, si á caza sales,
Sin perro y sin escopeta.

Cuando te hable un hombre sabio
Tápate bien las orejas,

Y graba siempre en tu mente
Todas las palabras necias.

Pásate el mar á caballo
Y el mundo cruza en goleta,
Porque al fin salta la liebre
Donde uno mas se lo piensa.

Si quieres ser hortelano
Estudia jurisprudencia,
Y si pintar se te antoja
No gastes, por Dios, paleta.

Cuando entres en una casa
No entres nunca por la puerta,
Y en visitas el sombrero
Húndetelo hasta las cejas.

Si uno te ofrece una silla
Tírasela á la cabeza,
Y si el golpe te devuelve
Convidale á la taberna.

No te olvides de aplaudir
Todas las malas zarzuelas,
Y si asistes á un buen drama
Silba y gruñe y patalea.

Compra, si quieres, relojes
En un almacen de telas;
Pero si han de ser seguros
En tu vida les des cuerda.

Procura en favor del orden
Armar jaranas tremendas,
Y á los muertos dales vivas,
Y á los vivos dales muertas.

Con esto serás un genio
Como el célebre Babieca,
Y si no serás un bobo
Como fué Lope de Vega.

Adios, hijo, buenas noches,
Que el sol á brillar comienza;
Yo respetaré tus canas
Si tú mi niñez toleras.»

VICTORIANO MARTINEZ MULLER.

Viaje de sir Edmundo Broomley

EN BUSCA DE UNA TAZA DE TÉ.

(Véase el número 469.)

Durante tres días y tres noches mi pobre amigo ha sido presa de una fuerte calentura con un delirio incesante. El nombre de miss Mary se escapaba á menudo de sus labios, y la voz del herido rebotaba entonces tanta suavidad y ternura, que si la jóven hubiese oído pronunciar su nombre de aquella manera, su corazón se habría quebrantado de dolor y de júbilo al mismo tiempo; el buen M. Harrison se habría conmovido igualmente, y estoy seguro de que habría tomado llorando la mano de su querida hija para enlazarla con la de su futuro.

Esta mañana la fiebre se calmó así como el delirio. El doctor — un médico de la marina francesa — cree poder responder de la vida del enfermo. El sacerdote que nos da la hospitalidad es un excelente sugeto; cuida á M. Bernard con un celo que honraría á cualquiera, y mientras prepara las bebidas recetadas por el facultativo, murmura oraciones á Budha, con la mejor intención del mundo.

El mandarín encargado de la policía ha tenido noticia del atentado cometido contra M. Bernard; parece ser que oyó la relación del crimen con todas las señales de una verdadera desesperación, y que juró por lo mas sagrado que sería vengado muy en breve « el ilustre jóven francés. » Yo no creo ni en la desesperación ni en el poderío del Hijo del Cielo, y no tengo fe en la justicia china cuando la víctima es un extranjero.

Ayer hizo quince días que fué herido M. Bernard, y hace una semana que se halla en plena convalecencia. Esta mañana dimos un paseito por el arrabal principal de Pekin. Dudo que haya un espectáculo mas variado, mas curioso y mas singular que el que presenta una ciudad china populosa, activa y llena de negocios; no hay preocupación de que no arranque momentáneamente al espíritu, ni meditación que no turbe, ni melancolía que no disipe. El que habiéndose librado de la muerte se encuentra de repente en medio de ese movimiento, de ese ruido, de esa muchedumbre que da mil vueltas, que se ríe, grita y gesticula, siente mejor aun el placer de vivir; tal es en su derredor la abundancia de vida, todo lo que veía, todo lo que oía, producía en mi jóven amigo una especie de alegría infantil que no podría describirse. No se cansaba de contemplar el múltiple cuadro que formaban los barberos afeitando á sus parroquianos en medio de la calle, los vendedores de pesca, verduras y frutas que detenían á los transeúntes para ponderarles su mercancía, los muchachos jugando por el suelo algun juego chino que nosotros no comprendíamos, los gruesos mandarines con glóbulos de

todos colores murmurando contra el populacho que no se apresura á dejar puesto para que pasara su majestuosa y oficial persona; los fumadores de opio, que con la cabeza trémula, el ojo apagado y las facciones lividas entraban con paso vacilante en la tienda adonde iban á entregarse á una embriaguez voluptuosa; los mandaderos, los artesanos y los bachilleres pobres que devoraban con formidable apetito los manjares demasiado olorosos de algun figon al aire libre, y los jugadores de manos que maravillan á sus espectadores con sus suertes. Además, escuchaba con éxtasis la charlatanería de las criadas comprando las comidas de sus amos; las disputas de dos mozos de palanquin que se daban un tropezon solemne, y no querían retroceder ni el uno ni el otro: la facundia de los empíricos ensalzando su panacea, y los gritos de júbilo de los muchachos que hacían subir por los aires una cometa en forma de pez, de dragón ó de pájaro. En fin, hasta la discordante voz de los cantores de coplas parecía hechizarle, y un horroroso cuarteto de guitarra, yukam, tatong y sam-sin, le causó un placer extraordinario. Temiendo que tantas y tan diversas impresiones no le cansaran, insistí para que volviese á tomar en mi compañía el camino de la hospitalaria morada del buen sacerdote de Budha.

Si tuviera yo algun tanto de imaginación, probablemente estaría escribiendo ahora una novela de costumbres chinas que haría las delicias de los salones de Londres y de París el año próximo. Casi habíamos llegado al pie del cerro de la pagoda, cuando al pasar por delante de una linda casa adornada de hermosos árboles, presenciamos involuntariamente una escena que nos llamó la atención en alto grado. En un aposento del piso bajo cuya ventana estaba abierta, una mujer magníficamente vestida, de facciones nobles é imperiosas, alargaba un bolsillo á una jóven, que arrodillada y con el rostro bañado en llanto parecía vacilar en tomarle, mientras un hombre de semblante acentuado tiraba del brazo á la señora, y pronunciaba palabras á las cuales ella no respondía sino con una mirada soberanamente desdeñosa.

En segundo término un anciano miraba lo que estaba pasando, con mucha tristeza, pero sin atreverse á decir una palabra.

Nosotros nos habíamos detenido á riesgo de que nos vieran, y por fin distinguimos á la jóven tomar el bolsillo, besar la mano que se le alargaba, saludar respetuosamente á los dos hombres, y salir andando hacia atrás, del aposento.

No hay duda que no necesitaria tanto un escritor de gracia y de invectiva para edificar sobre la escena en cuestión las cosas mas bonitas del mundo... sobre todo si se piensa que el cuadro estaba en la China. ¿Qué no se podría hacer de aquella jóven llorosa... que era quizá una cocinera despedida á quien el ama pagaba su salario?

M. Bernard se encuentra completamente bueno; nada nos impide ya salir para Pe-tang, y ardo en deseos de saber si el *Pelicano* está de vuelta y si me ha traído mi preciosa tacita. Hemos fletado un junco para bajar el Pei-ho, y mañana al amanecer nos despediremos de Pekin. Esta tarde un intérprete agregado al ejército inglés ha venido á decirnos que el mandarín jefe de la policía quería vernos inmediatamente.

Al punto pasamos al yamoun de este funcionario. — Vamos, dije á mi amigo, parece ser que yo habia calumniado la imparcialidad de la policía china; sin duda vais á ser vengado.

— Hablando francamente, me respondió, no lo deseo. Me repugna causar la muerte de una mujer.

— ¿Aun cuando esa mujer haya querido mataros?

— Sí; yo era para ella un enemigo, habia entregado al verdugo al hombre á quien quizás amaba, por mi ha quedado en la miseria, y al herirme ha obedecido á un movimiento de odio feroz... pobre infeliz, abandonada sin duda desde su infancia á los mas violentos instintos, no merece ser juzgada con mucha severidad.

M. Bernard se calló, pero al cabo de algunos instantes prosiguió con cierto aire confuso:

— Y á decir verdad, yo no he visto á esa mujer; solo vos habeis creído reconocerla.

— Teneis un noble corazón, le dije: quizá demasiado noble.

En aquel momento llegamos al yamoun. Nos hicieron entrar en la sala de audiencia donde el mandarín nos esperaba gravemente sentado. Al vernos se levantó, se vino á nosotros con presteza, y despues de habernos prodigado innumerables *tchin-tchin*, dijo algunas palabras á un oficial subalterno que parecia esperar sus órdenes, y se fué otra vez á su asiento tomando una actitud llena de dignidad. Casi en el mismo instante la puerta se abrió, y el oficial apareció de nuevo seguido de dos guardias que conducían á una mujer.

Era la querida del pirata.

Estaba muy pálida, pero no temblaba, y en su rostro no se pintaba el menor espanto. Clavó en M. Bernard una mirada que rebosaba una sorpresa cruel; se habia quedado atónita al encontrar vivo al hombre á quien creia muerto.

M. Bernard miró á otro lado.

El mandarín llamó al intérprete cerca de si y le encargó que tradujera exactamente todas sus palabras con las respuestas que dieran á ellas; y luego dirigiéndose á la mujer, comenzó diciendo:

— ¿Quién sois?

— Soy Tchao-Wa, de Shang-hai.

— ¿De oficio?

— Cantora.

— ¿No habeis sido compañera de un pirata ahorcado hace algunos meses?

— No.

— Hace tres semanas habeis herido con un puñal en el camino de la pagoda del Este á nuestro queridísimo amigo el francés aquí presente; ¿no es cierto?

— No, respondió la jóven con voz firme.

El mandarin nos miró con un aire que queria decir:

— Esta mujer tiene mucha audacia, pero conocemos muy bien á los criminales y sabemos lo que debemos pensar de sus denegaciones.

Y dirigiéndose á M. Bernard, le preguntó:

— ¿Habeis sido herido por detrás?

— Sí, contestó este.

— ¿Y no habeis visto al asesino?

— No le he visto.

— Muy bien; pero nuestro queridísimo amigo el inglés estaba allí, y un instante despues del crimen ha visto detrás de una roca á una mujer alzando un puñal, y la ha oido proferir un detestable grito de alegría.

— Es verdad, respondi yo.

— Mirad á esa mujer, me dijo entonces el mandarin.

Así lo hice.

— ¿Reconoceis en ella á la mujer que dió el grito y levantó el puñal?



Figon al aire libre.

— La justicia continuará sus investigaciones, nos dijo el mandarin acompañándonos hacia la puerta de la sala de audiencia.

Nosotros le declaramos que estábamos llenos de respeto y de admiración por la sagacidad de la policía china, y que deseábamos no se tomara ya ningun trabajo acerca de este asunto.

El hombre nos respondió que no deseaba otra cosa mas que complacernos, y llegó con nosotros hasta el umbral del yamoun, confundándose en cumplidos y reverencias.

— Muchas gracias, amigo mio, me dijo M. Bernard cuando hubimos salido.

— Me habeis hecho hacer una tontería, le respondi, y ojalá no tengamos que arrepentirnos. Para que esto no suceda, caminad delante mirando bien á derecha é izquierda, no sea que aparezca nuestra heroína con su puñal.

A Dios gracias, llegamos á casa con toda felicidad, y nos despedimos del hospitalario sacerdote. El pobre hombre se mostró tan afligido cuando le ofrecimos una retribucion por nuestra permanencia allí, que el insistir en ello habria sido cruel por nuestra parte.

Le dejamos como memoria una sortija de infimo valor.

Mi caballo y mi carricoche chi-



Una escena del mercado de Pekin.

M. Bernard me dirigió una mirada suplicante.

— No la reconozco, respondi.

Ninguna emocion se manifestó en el semblante de la jóven. En cuanto al pobre mandarin, no podia dar crédito á lo que oia.

— Pregunto á mi queridísimo amigo el inglés, repitió, si no es esta mujer la que dió el grito de alegría y levantó el puñal.

— No la reconozco, respondi por segunda vez.

El mandarin suspiró profundamente, y luego, tomando una resolucion como un hombre que se dice, que al cabo y al fin ha hecho lo que ha podido, ordenó que pusieran en libertad á Tehao-Wa. La jóven salió lentamente, sin que un músculo de su rostro hubiese puesto en evidencia la menor señal de alegría.



Tipos chinos de Pekin.



El mercado de Pekin.



Un pabellon en Pekin.

nesco no me servian ya para nada, y con ellos hice un famoso regalo á una cantinera del ejército francés.

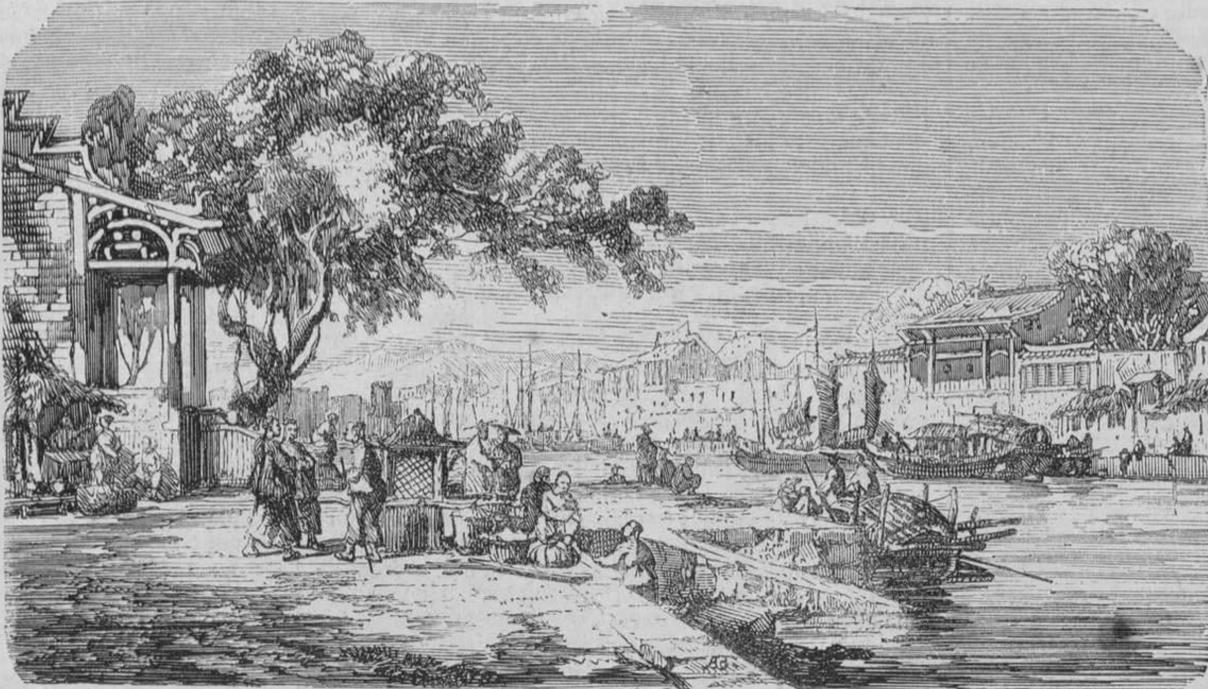
¡Qué río tan feo es el Pei-ho! Aguas sucias que arrastran todas las inmundicias de la civilización, márgenes peladas, un cauce estrecho y tortuoso, ¡horrible río en verdad! y para distraer la vista y la imaginación, campos de mijo rodeados de sauces, grandes llanuras sin fin sobre las cuales se desliza la mirada sin poder detenerse nunca, salinas inmensas, lagunas de fango líquido en donde se destacan aquí y acullá algunos cerros, largas líneas de cañaverales, miserables aldeas con casas de fango y de paja, pueblos de comercio que parecen gigantes factorías, y de tiempo en tiempo una huerta, una pagoda, una casa de campo de mandarin... ¡y este gracioso panorama dura ocho días!

Muchas veces hemos pronunciado esta frase: ¿Cuándo llegaremos pues á Pe-tang?

Pe-tang era nuestra tierra prometida, y por fin llegamos ayer mañana.

M. Bernard volvió inmediatamente á su servicio á bordo del *Agil*. El *Pelicano* no ha vuelto aun de Hong-Kong, pero se le espera todos los días.

Hoy 15 de diciembre de 1860 á las ocho de la mañana ha entrado en el puerto el *Pelicano*. Así que tomé puesto á lo largo del muelle pasé á su bordo y pedí que me llevaran al capitán. Este digno marino se hallaba muy ocupado con el desembarco de su



Una factoría china en el río de Pei-ho.



Casas de campo en las márgenes del Pei-ho.

cargamento, pero es un hombre muy cortés que ni siquiera pareció hallar importuna mi visita en aquel instante.

— Capitán, le dije, os pido mil perdones; sin duda no tengo la honra de ser reconocido por vos.

— Muy al contrario, caballero, me dijo interrumpiéndome y sonriendo con mucha gracia, sois sir Edmundo Broomley, y debíais salir con nosotros de Shang-hai para Marsella. Una orden superior nos obligó á marchar al golfo de Pe-tche-li en vez de regresar á Francia, no pudimos advertiros á tiempo, y en la precipitación de un viaje imprevisto, ni siquiera pensé en desembarcar vuestro equipaje, olvido que os ruego humildemente me dispenseis.

— ¡Oh! capitán...

— Mandé llevar vuestros cofres á mi camarote, y creo poder aseguraros que todo lo hallareis como lo dejásteis.

— Si lo permitis, capitán, dije yo con una presteza febril, voy ahora mismo...

— ¡Cómo!... nada mas natural... Benjamín, llevad á sir Edmundo Broomley á mi camarote.

Un grumete se acercó á mí inclinándose con el aire de un lacayo perfectamente enseñado, y yo le seguía cuando el capitán añadió:

— Ahora, con seguridad, salimos el sábado próximo para Marsella; si os dignáseis viajar en mi compañía, yo por mi parte celebraría infinito contaros en el número de mis viajeros.

— Con el mayor placer, capitán, le respondí.

— Debemos tocar en Nangasaki y en Canton, pero el *Pelicano* es ligero, y fácil-



Las montañas de Voo-Tang.

mente ganaremos despues el tiempo que perdamos.

— Capitan, contad conmigo.

Y corté la conversacion de repente, tal era mi impaciencia por abrir mis baules.

¡Con qué temblor meti la llave en la cerradura! Mi corazon palpitaba fuertemente. Di una vuelta á la llave, alcé la tapa del cofre, y con una emocion inexplicable descubri una caja atada con una cinta azul; desaté la cinta, abrí la caja, y en ella encontré mi taza, que descansaba blandamente en sulecho de algodón; allí estaba, entera y verdadera, y las flores rosadas y azules que la adornaban parecian mirarme con misteriosa simpatia del fondo de sus cálices, y los chinitos y las chinitas que respiraban aquellas lindas flores parecian sonreirme con benevolencia.

Tomé la taza y la besé... ¡Oh! ¡miss Aurora, por vuestro amor, cuántas tonterias estoy haciendo!

(Se concluirá.)

H. E.

Un año de matrimonio

POR EMILIA CARLEN.

(Continuacion.)

Lavinia se puso pálida al oír esta inesperada explosion de sentimientos tumultuosos y contrarios. ¿Qué debía hacer? ¿cómo debía obrar con aquel hombre tan susceptible? ¿debía dejar pasar en silencio tan amargas palabras? ¿no habria parecido esto la prueba de una ligereza que no estaba seguramente en su carácter? ¿debía disculparse ó explicarse? ¿debía mostrarse triste, turbada y ofendida como lo estaba en realidad? Pero en este caso ¿no era dar demasiada importancia á unas expresiones cuyo recuerdo debía borrarse de la mente de entrambos?

Desde luego, lo que hizo fué recobrar el imperio sobre sí misma, y al cabo de algunos instantes de pausa, exclamó con un acento que habia logrado hacer firme, pero cuyo timbre rico y sonoro daba á sus palabras una solemnidad conmovedora:

— Hermann, estais descontento; pero os pido que abandoneis esos sentimientos de hostilidad antes de entrar en casa, que dejéis aquí toda vuestra ira y vuestro encono.

— Da la vuelta á la iglesia, gritó el coronel al cochero que tomaba como de costumbre la soberbia avenida de cedros que conducia al palacio.

Lavinia no se explicaba bien el motivo de esta orden.

Las altas torrecillas de Rosenborg asomaban ya por entre los árboles, y la iglesia se hallaba en una direccion contraria. ¿Quería hacer tiempo para calmarse antes de entrar en casa?

Entre tanto habia olvidado su súplica ó no queria responder á ella.

Lavinia pronunció algunas palabras mas, sin obtener ninguna atencion por su parte, y entonces se debió confesar que aquel principio no prometia nada bueno para lo sucesivo.

Sin embargo, los caballos arrastraban rápidamente el coche de los viajeros, y estos se hallaron en breve delante de la iglesia, antiguo templo gótico á que daban sombra encinas seculares, cuyas oscuras copas prestaban un carácter mas sombrío aun al lúgubre aspecto que ya tenia la capilla.

— ¡Deteneos! gritó el coronel.

Y al oír esta imperiosa voz de mando Lavinia se estremeció; ni ella misma habria sabido decir lo que creía ó lo que temia, pero lo cierto es que la inexplicable conducta del coronel la aterraba.

— Si lo permitís, visitaremos juntos el sepulcro de mi mujer.

Lavinia se levantó inmediatamente; por pensosa que fuera para ella la visita propuesta no podia evitarla, y así fué que no hizo la menor objecion; el coronel se colocó al estribo para ofrecerle la mano con toda ceremonia, y juntos subieron los escalones del cementerio.

El cierzo del otoño habia arrancado ya las flores que adornaban las tumbas; los árboles sin hojas habian cubierto con los despojos de sus ramas la fúnebre tierra; algunas cruces estaban hechas pedazos por el suelo, á punto de perderse en los lugares donde yacian aquellos cuya memoria debian perpetuar; la atmósfera fria y nebulosa parecia envolver el horizonte, como las tumbas, con un velo mortuorio.

— Aquí es, dijo el coronel deteniéndose delante de una verja que protegía una tumba ricamente adornada; aquí descansa, aquí duerme mi pobre Carlota.

Lavinia se apoyó en los hierros, y se puso á contemplar con dolor aquel lecho eterno de la madre de los hijos que ella debía considerar como suyos, y cuanto mas miraba, mas se oprimia su corazon con los mil pensamientos que asaltaban su mente.

— Quizá os extraña, la dijo el coronel con un acento triste pero exento de toda amargura, quizá os extraña que os haya invitado á hacer tan triste visita aun antes de haberos introducido en la morada que dejó Carlota antes de ocupar este negro y frio retiro; pero he preferido este lugar á ningun otro para las reclamaciones que tengo que haceros.

Lavinia alzó la cabeza; su marido estaba delante de ella grave y pálido, en una actitud firme y recogida; toda señal de cólera habia desaparecido de su semblante.

— No os ha engañado la opinion pública al atribuirme un carácter severo y exigente; sin embargo, como ya

os dije el día de nuestras bodas, habria podido no serlo siempre, pero callo mis esperanzas, con tanta mas razon, cuanto que no son ellas las que debéis conocer, sino mi pasado. Quizá hice mal en manifestaros que nadie habia tratado de comprenderme; creo que Carlota lo habria deseado, pero habia al mismo tiempo en nuestros caracteres muchas analogias y muchas diferencias. Creo que la felicidad nace mas bien de la asociacion de naturalezas opuestas íntimamente, unidas y confundidas por el amor, por un amor profundo...

Al llegar aquí hizo una pausa y luego prosiguió:

— Solo al cabo de largos y terribles combates he logrado triunfar en parte de la violencia natural de mi carácter, y dominar las fulminantes explosiones de una naturaleza impetuosa; mas unido á una mujer que se arrebatava cuando yo me arrebatava, que se irritaba al mismo tiempo que yo, que se convertia en mármol cuando yo me calmaba, para volver á empezar de nuevo cuando otra vez me agitaba la ira... Pero basta, me habeis comprendido ya, y sin duda sabeis tambien porqué he llorado dos largos días á una mujer tan poco amada. Aquí, sobre esta tumba (y su voz era suave hasta lo sumo), aquí, Lavinia, he derramado lágrimas de arrepentimiento, y la pesadumbre que corroe lentamente el corazon triunfa de su violencia.

Se calló, y Lavinia no se atrevia á mirarle ni á responderle. El sonido de su voz era tan penetrante, que la jóven se hallaba profundamente conmovida y principiaba á sentir en su corazon una compasion involuntaria, una simpatia irresistible. Ahora le comprendia; ahora comprendia la oposicion aparente de su carácter y sus maneras; él tambien habia tenido que sufrir horribles combates...

El coronel continuó diciendo:

— Aun no he concluido lo que os tengo que decir. La experiencia habia sido para mí una dura madrastra: creia poder contar con ella, y seguro de que Carlota me habia perdonado hacia tiempo las penas involuntarias que la causé, sentí renacer en mí una necesidad profunda, un deseo absorbente de felicidad, que pensaba alcanzar, aunque hasta entonces siempre me habia huido. Ví muchas mujeres, pero mi corazon permanecia frio, y á la edad de veinte y nueve años no he sentido aun el amor, que ha sido sin embargo la preocupacion constante de mi vida. Cuando oí hablar de vos, Lavinia, se excitó mi curiosidad por vuestra conducta despues de la muerte de vuestro prometido. Una mujer cuya voluntad era tan poderosa debia tener un carácter notable, pues sabia que vuestra conducta no procedia ni de ligereza ni de olvido, sino del triunfo de la razon sobre el peligroso extravío de un sentimiento. Resolví conoceros. Vuestra hermosura me dejó admirado, pero, como ya os he dicho, sin trastornar profundamente mi corazon; era demasiado fria, así como eran vuestro trato muy reservado y vuestra gravedad muy austera para turbar un corazon que tan difícilmente se conmueve; sin embargo, vuestra dulzura femenina, la superioridad de vuestro entendimiento y vuestro cariño á Rodolfo, me infundian poco á poco la conviccion de que vos sola podiais hacer mi felicidad. Entonces pedí vuestra mano, bien resuelto á haceros dichosa. Nuestras disposiciones recíprocas no fueron un secreto para nosotros, ninguna ilusion nos cegaba, y bajo este concepto, yo esperaba que una vez comprometidos, vendrian á entenderse nuestros corazones. Sin embargo, no fué así; ví que tratábais de dilatar la hora de nuestro enlace; pero al fin llegó, y con ella las revelaciones que me habeis hecho con una franqueza excesiva; no lo digo para echárosla en cara, aunque habria dado la mitad de mi vida por no oírlas nunca. Todo esto tiene por objeto explicaros bien un carácter cuya violencia dominada con dificultad se despierta fácilmente, y advertiros que solo mediante concesiones mutuas podremos asegurar la paz en nuestra corta union. Ahora voy á conducirlos á vuestra casa... pero antes, permitidme que insista en una súplica: sed buena con mis pobres hijas, á fin de que pueda volver sin remordimientos á este lugar adonde os he traído, y á fin tambien de que merezcáis, á falta de mi amor que habeis rechazado cruelmente, mi gratitud y mi estimacion.

Lavinia estaba tan conmovida, que no pudo hacer mas que balbucear estas palabras:

— Ese deber será para mí tan grato como sagrado; no abrigueis temor alguno.

Hermann pareció oír con gusto esta contestacion; pero sin añadir nada mas á lo que habia dicho, tomó el brazo de su esposa y la llevó al carruaje, al cual subieron entrambos.

Quando se sentaba en el coche Lavinia se decía:

— Hé aquí el segundo día del año, por consiguiente me quedan aun once meses y veinte y ocho días.

En vez del hermoso camino que habian seguido hasta entonces, el carruaje acababa de tomar un estrecho y tortuoso sendero; por ambos lados se elevaban abismos salvajes y pintorescos peñascos, cuyo aspecto era mas imponente que tranquilizador, sobre todo por el punto que los descubria entonces Lavinia. En breve llegaron á un sitio donde uno de los torrentes que tanto agradaban al dueño de Rosenborg, habia salido de madre y habia invadido el camino y la campiña próxima que se hallaba trasformado en una inmensa laguna.

El postillon se detuvo ignorando si por el camino inundado podria pasar un carruaje, y no se atrevia á continuar sin que se lo mandaran.

— Johnson, exclamó el coronel sacando la cabeza por la portezuela, muy malo está el camino.

— Muy malo, repitió Johnson con un gesto que significaba: Hace rato os lo habria dicho ya, si fuérais hombre capaz de escuchar lo que os dicen.

Lavinia se alarmaba seriamente. Era imposible que el carruaje diese la vuelta en el camino donde estaba, y aun cuando hubiera podido darla, ella no se habria atrevido á pedirselo á Hermann, que parecia resuelto á seguir adelante.

— Desengancha uno de los caballos, exclamó el coronel abriendo la portezuela y apeándose.

Y al mismo tiempo decía á Lavinia:

— Tranquilizaos y confiad en mí; os aseguro que no hay ningun peligro.

— Si me lo asegurais, no temo nada.

Hermann se sonrió y repuso:

— Sin embargo, no pretendo obligaros á que permanezcais sola en el carruaje; montad conmigo en el caballo que acaban de sacar del tiro.

Y la tendió la mano, la puso como si fuera una criatura sobre el hermoso caballo que el criado le habia preparado, y poco á poco comenzó á atravesar la improvisada laguna.

Dejó á la jóven tranquila ya sobre la tierra firme, y viendo que el coche no podia salir de entre las piedras llevadas por el torrente sobre el camino, y que á cada paso amenazaba desquiciarse, entró en el agua hasta medio cuerpo, y cogiendo por el freno á los caballos espantados, los guió con mano tan segura como vigorosa por enmedio del lago.

— Ya veis que no habia ningun peligro, dijo friamente á Lavinia; subid al coche, y como en el estado en que me hallo seria yo un compañero poco agradable, me permitiréis que os deje acabar sola el poco camino que teneis que andar.

Y al pronunciar estas palabras cerró la portezuela, se inclinó ligeramente, y saltó al caballo que acababa de dejar Lavinia.

Al cabo de un cuarto de hora de camino, como una decoracion que se abre de repente para que aparezca en el fondo de la escena un palacio encantado, Rosenborg se destacó de súbito por entre el cortinaje de árboles y de rocas que le ocultaban á la vista, ostentándose en toda su hermosura, con su blanca fachada, sus relucientes techumbres, sus grandiosos balcones de piedra esculpida que tenia en el primer piso, las ventanas artísticamente adornadas, y su imponente fondo de bosques, colinas, anchas avenidas, soberbios estanques, verjas y pórticos inmensos.

Se abrió la portezuela y se bajó el estribo: el ama del palacio habia llegado.

VII.

En los dos últimos escalones del peristilo habia dos personas cuyo aspecto llamó la atencion de Lavinia. Una de ellas era un hombre de cuarenta á cuarenta y cinco años, de cabello lacio de un rubio vulgar, que estrechaba con la mano izquierda su levita sobre su corazon, en tanto que con la ayuda de su derecha hizo describir á su sombrero un semi-círculo tan perfecto como el que presentaba toda su endeble persona inclinada en un profundo saludo. La elocuente urbanidad de esta salutación aumentada aun por el aspecto impasible del que le hacia, igualaba apenas la presurosa cortesia de la señora que estaba á su lado, y cuya inclinacion no fué menor, pues el alto casco de su papalina se alzó perpendicularmente hácia las nubes al hacer el saludo que duró un minuto.

Lavinia no pudo contener una sonrisa.

— ¿Las niñas están buenas? preguntó el coronel.

Y sobre la respuesta afirmativa, se volvió á su señora y la presentó los dos personajes diciéndola:

— Mi mayordomo el sargento Stacke, y mi camarera Teresa Brunsberg.

— Segun veo, el coronel ha elegido el mal camino, exclamó el sargento contemplando los vestidos empapados en agua de su amo.

— Y por eso llega de un modo que hace poco honor á la casa, repuso Teresa con una libertad que probaba que la severidad del coronel no la impedia en manera alguna el expresar sus pensamientos.

Entre tanto Hermann conducia á Lavinia hácia un vasto salon, cuya inmensa puerta de dos hojas habia abierto la criada; pero en el momento de entrar soltó el brazo de la jóven, y deteniéndose en el umbral la dijo:

— Permitidme que os deje sola un instante, á menos que no queráis hacer conocimiento con mis niñas mientras voy á mudarme de ropa.

Teresa cerró la puerta, y entonces pudo dirigir á Lavinia con un tono de matrona el discurso de felicitacion con que habia querido recibirla, y que contenia las mas vivas protestas de afecto y consideracion.

Despues tomando aliento, preguntó si debia ir á buscar á las niñas.

— No, respondió Lavinia, me toca á mí ir á ellas; me hareis el favor de acompañarme hasta su cuarto.

Las habitaciones que atravesó eran elegantes, y estaban animadas por la abundante luz que dejaban penetrar en ellas grandes ventanas; todo allí era de buen gusto, cómodo y nuevo, como si se hubiera preparado para recibir á la jóven lo mas dignamente posible.

Pero el corazon de Lavinia estaba triste y sombrío; ante aquellas disposiciones tomadas para distraer una existencia que la parecia difícil de soportar, ella habria querido exclamar como su marido:

— ¡Qué burla!

La conversacion que habia tenido en el campo santo con el coronel la parecia aumentar mas y mas la distancia que los separaba.

— ¿Cómo podrán venir nunca la confianza ó la intimidad, se decía, cuando hay que pesar cada palabra antes de proferirla, para no despertar la susceptibilidad ó la cólera de un hombre tan iracundo?

Y luego con desaliento añadía:

— No le hace, probaremos.

A todo esto atravesaba el comedor, dos ó tres salones adornados con un lujo artístico, y llegaba al fin al dormitorio, que tenía soberbias proporciones. Sin embargo, en aquella gran cama coronada de doradas esfinges y envuelta en inmensos cortinajes de color escarlata, Lavinia creyó ver como una sombría vision, la blanca forma de la mujer que la había precedido en todos los deberes que ella había aceptado.

— Este era el cuarto, sin duda, de la primera mujer de mi marido, exclamó mientras miraba lentamente el oscuro lecho, la mesa de tocador, el sofá y los grandes sillones.

— No por cierto, respondió Teresa celebrando encontrar por fin la ocasión de decir algo; jamás mi difunta señora se acostó en este cuarto, y ni vió siquiera uno de sus muebles. Habitaba con el amo el dormitorio que está al otro lado del salón principal, donde está todo como el día de su muerte, pues no se ha querido tocar á nada. Sí, puedo decir que el señor coronel no ha permitido que se sacara de allí ni una silla ni un vaso; quiere que lo vean todo las señoritas como en tiempo de su madre. Aquí por el contrario, todo es nuevo, desde la cama hasta el reló.

Lavinia respiró gozosa; en el fondo de su corazón dió gracias á su marido por su atención, y como en aquel instante un rayo de sol que se abrió paso por entre las nubes viniera á hacer brillar las esfinges doradas y á iluminar los negros pliegues de las cortinas, todo tomó á sus ojos un aspecto distinto, y debió confesarse que aquella habitación era un modelo de lujo y de buen gusto.

— Este gabinete separa vuestro cuarto del de las señoritas, dijo Teresa abriendo la puerta de una piececilla llena de estantes de libros y adornada con pinturas y flores, que le parecieron á Lavinia el colmo de la hermosura.

— No se oye á las niñas, sin duda son muy juiciosas, exclamó Lavinia que se figuraba ya dos angelitos rubios, con megillas sonrosadas y cuello de alabastro.

— Sí, lo son, contestó Teresa; Evelina da un poco que hacer á su doncella, pero Carlota es la niña más sosegada del mundo. ¿Queréis entrar?

Los angelitos eran dos pobres criaturas de aspecto endeble, de rostro pálido y ajado, que estaban sentadas sobre una alfombra en medio de una porción de juguetes, de los que no hacían ningún caso.

— ¡Oh! ¡pobres niñas! pensó Lavinia; ojalá pudiera ser para vosotras lo que deseo sinceramente.

Y estrechó en sus brazos á las dos gemelas, celebrando que ellas no rechazaran sus caricias. En aquel momento lo olvidó todo para no acordarse mas que del gran deber que tenía que cumplir, y sumergida en sus pensamientos, conservaba á las dos niñas sobre sus rodillas; Carlota apoyó su blanca megilla en el hombro de la jóven, en tanto que su hermana jugaba con los magníficos rizos que adornaban el hechicero semblante de Lavinia.

La puerta se abrió lentamente, y el coronel entró en el aposento.

Una sonrisa, la más suave y mas agradecida que Lavinia hubiese visto jamás iluminar su rostro, entreabrió sus labios, y la jóven casada sintió una emoción profunda cuando Hermann, en vez de tomarle las niñas para besarlas, rodeó con sus brazos el grupo que formaban las tres, confundiendo á todas en su primer abrazo.

— Os he dado mi palabra, balbuceó Lavinia conmovida, y podeis estar seguro de que la cumpliré.

— No lo he dudado un instante, respondió el coronel; el aislamiento de estas pobres criaturas me sugirió la primera idea de darlas una afectuosa protectora.

Vinieron inmediatamente á prevenirles que la comida estaba pronta, y en el comedor hallaron al mayordomo que les esperaba derecho ya como una cariátida, y estrechando la levita sobre su corazón, como lo tenía de costumbre.

En las circunstancias en que se hallaban los recién casados, era imposible que esta primera comida que hacían juntos fuese muy alegre, y aun exenta de todo temor. A pesar de sus esfuerzos, todo tenía un aire ceremonioso y solemne que helaba sus palabras.

El coronel, un tanto cortado, se volvió hácia su mayordomo y le preguntó si no tenía nada nuevo que decirle.

A esta pregunta, el inofensivo sargento soltó su tenedor y clavó la vista en su plato con el aspecto confuso y conmovido de un hombre que ve burladas sus esperanzas.

Cuatro años hacia que estaba con el coronel, y como en ese tiempo había podido formarse una idea exacta de su carácter, comprendió que su respuesta iba á suscitar una borrasca.

— Sí, señor, ha ocurrido algo nuevo.

— ¿Y qué es?

— Nils Johnson de Wortop ha cometido una ligera infracción á vuestras órdenes.

— ¿Cómo es eso? Supongo que el bribon no ha cazado en mis dominios.

— Mi coronel, dos liebres no mas.

— ¡No mas! ¡vive Dios! señor mayordomo, ¿qué mas queis? Os doy mi palabra de honor que será castigado: ¡dos liebres! ¿Y no habeis tomado ninguna medida contra él?

— No he querido cargar con la responsabilidad... so-

bre todo pensando que esta vez seriais menos severo, y que á vuestro regreso...

Y el infeliz mayordomo dirigió á Lavinia una mirada suplicante como para implorar su influencia de novia en favor del delincuente.

Pero el coronel exclamó:

— Entiendo; creían verme llegar dispuesto á perdonarlo todo y á ser generoso con todo el mundo, porque venia de mis bodas, como decís; pero se han engañado, y Johnson sufrirá el castigo que merece. En cuanto á vos, señor mayordomo, pondreis mas atención en el cumplimiento de mis órdenes.

El mayordomo se agitaba como un azogado, y otra vez clavó sus ojos en Lavinia.

— Señor coronel, tiene cuatro hijos.

— Y aun cuando tuviera treinta, ¿qué me importa?

El coronel tomó su vaso y bebió al pronunciar estas palabras con una sangre fría imperturbable.

— Hermann, preguntó Lavinia con una sonrisa forzada; ¿el matar dos liebres, es pues á vuestro juicio un crimen muy grande?

A tan atrevida pregunta no fueron las miradas de los esposos las que se encontraron, sino las del mayordomo y la doncella. Esta se encontraba en un rincón del aposento ocupada en trinchar un pollo sobre un aparador, y aquella ojeada mutua queria decir: «Vamos á ver lo que sucede; si esta vez se inclina, habrá en la casa un nuevo gobierno.»

Pero la respuesta del coronel no pareció presagiar semejante cambio.

— Vuestra demanda se explica, Lavinia, por la ignorancia en que estais de las reglas que yo he establecido en mis dominios, repuso friamente; pero para mantener en ellos el buen orden, formo empeño en que se respeten. He mandado que ninguno de mis arrendatarios cace en mis tierras, bajo pena de ser despedido; advertidos están: tanto peor si infringen la regla.

— Todo eso está muy bien, insistió Lavinia, pero quizá existen circunstancias que ignorais y que disculpan el hecho.

— Si me es permitido señalarlas, murmuró el benévolo mayordomo, diré que su madre estaba enferma, que sus hijos lo estaban tambien, que carecían de todo... y á veces la necesidad hace perder el juicio.

— ¿Porqué no vino aquí á pedir socorros en vez de tomárselos él mismo? observó el coronel echando una mirada descontenta al sargento.

— No, coronel, no queria implorar socorros, porque ya los había recibido muchas veces.

— ¿Y qué importa? Pero basta ya sobre el asunto.

Se levantaron de la mesa, y los dos jóvenes pasaron al salón donde habían servido el café. Por primera vez Lavinia debía llenar allí los deberes de ama de casa, y lo hizo con gracia y soltura, presentando risueña á su marido la taza que acababa de llenar.

Sin embargo, Hermann no respondió á esta sonrisa, tomó su café, y un criado entró á llevarse la bandeja antes que él hubiese pronunciado una palabra.

Lavinia contrariada con tan triste silencio, se puso á mirar las antiguas pinturas que colgaban de las paredes, y algunos objetos curiosos igualmente notables por su antigüedad y belleza, aventurándose á elogiar la disposición del salón, el colorido de los cuadros, la hermosura de las estatuas; mas el coronel no desplegaba sus labios; su aspecto parecia decir que conocía muy bien el valor de todo aquello, y su mirada añadía desdenosamente: «¿Cómo se pueden admirar las cosas exteriores, cuando falta en medio de ellas la vida que las anima?»

La jóven se acercó á la mesa y se sentó.

— Hermann, exclamó de repente, ¿si os suplicase con todo empeño que perdonarais al hombre á quien queis castigar, me diriais que no, siendo el primer día que pasamos juntos?

Y al pronunciar estas palabras la hermosa Lavinia dirigió á su esposo una mirada cuya influencia quizá había probado ella á menudo, y que sin duda estaba dotada de un gran encanto, pues pareció que el coronel quedaba seducido.

Lavinia observó la expresión de su fisonomía y comenzó á tener esperanzas; ¡habría celebrado tanto el que su entrada en aquella casa fuese señalada con un beneficio!

Pero ¡ay! pronto se borró del semblante de Hermann la primera expresión que la mirada de Lavinia había llamado á él; apartó su brazo en el cual había apoyado la mano la jóven para fijar mas su atención, y dijo:

— Si no me hubiéscis dirigido vuestra súplica estando en la mesa delante del mayordomo y la criada, quizá aquí á solas os habría concedido ese favor; pero vuestra mediación parecia como una prueba de vuestra autoridad, y yo deseo conservar la mia entera y verdadera; con respecto á las personas que me sirven, no quiero que nadie me gobierne. Sin embargo, Lavinia, os repito que si me hubiéscis hablado como me hablais ahora, solos los dos y movida por un impulso generoso, habría cedido. Pero concluyamos sobre este punto: el orden y la regla son indispensables en una casa.

Y dicho esto el coronel se levantó para dar un beso á sus niñas antes que las llevaran á su cuarto.

Lavinia salió tambien para hacer sacar sus ropas de los baules.

Al entrar en la habitación de las niñas encontraron á Teresa que trasladaba al aposento de Lavinia algunos objetos pertenecientes al coronel.

La jóven se acercó á la ventana sonrojándose, en tanto que Hermann decia con presteza:

— Teresa, llevaos todo eso á mi cuarto; voy á cazar

mañana temprano, y no quiero incomodar á mi señora. La criada reunió estupefacta los objetos que traía, y el coronel salió del cuarto.

Al otro día salía á cazar, como lo había anunciado, y Lavinia no le vió sino á la hora de la comida, despues de la cual se fué á tender sobre el sofá del salón, hasta que tomaron el té. Entonces pareció determinarse á hacer compañía á su señora. Pero llegó el correo, y entre la lectura de sus periódicos y sus cartas se pasó la mejor parte de la noche. Lo restante de ella fué empleado en jugar con las niñas, y Hermann pareció divertirse mucho cuando las arrastraba en un carricoche.

Una semana entera trascurrió con el mismo género de vida; sin embargo, en el último día hubo un incidente, que fué la visita de dos vecinos; pero la distracción que ofreció su presencia fué bastante escasa para Lavinia, pues al instante que tomaron el té se pusieron á jugar á las cartas, y dominada por un invencible fastidio, la jóven se retiró á su cuarto, donde en breve los tristes pensamientos que la agítaban inundaron de lágrimas sus ojos.

— Vivo aquí, se decía, tan sola como en un hotel que se debe dejar á los pocos días. Tiemblo al pensar en la interpretación que mi marido podría dar á mi ociosidad, y tiemblo mas aun á la que podría sugerirle mi actividad en su casa; de todos modos me creará indiferente ó celosa de una autoridad que él quiere conservar para sí solo. Y sin embargo, para no morir de aburrimiento, yo desearia trabajar... pero entre nosotros nunca habrá mas que engaños y disimulación... ¡Oh! ¡No podré soportar una vida tan llena de zozobras!

Y apoyando su abrasada cabeza sobre los húmedos cristales, respiró profunda y lentamente, y borró de sus megillas las señales de sus lágrimas; pero los pensamientos que mas habría querido alejar de su espíritu, eran siempre los que mas pronto se agolpaban á él, y hablándose á media voz, se decía:

— ¡Cuán extraño es este hombre! ¿Vale mas que los otros, es tan superior como yo le he creído, ó es solo un déspota vulgar? ¿Porqué me lo pregunto á cada instante? Al cabo y al fin, ¿qué me importa? Una mitad del año que debo pasar con él me bastaría apenas para estudiar su carácter, y la otra no sería tampoco suficiente para ablandar su naturaleza tosea y violenta; no, todo eso, la mujer que me reemplace lo probará... Pero sin embargo, yo desearia hacer alguna cosa.

En esto entró Teresa y la preguntó:

— ¿Queréis que se ponga un plato mas en la cena ya que hay forasteros?

— Bien, respondió Lavinia, pero que sea una cosa ligera, una tortilla de viento.

— El coronel no la come.

— Pues entonces leche y fresas...

— Es que...

— ¿Tampoco le gusta ese plato á mi marido?

— ¡Ay! señora, tampoco, dijo la criada meneando la cabeza.

— Entonces es inútil preguntarme, repuso Lavinia con un tono agridulee. No conozco los gustos de mi marido, pero deseo que se observen en todo y por todo, y así os suplico que dispongais las cosas como hasta aquí.

— Muchas gracias, Lavinia, dijo el coronel apareciendo en el umbral de la puerta; venia á buscaros y he oido vuestras palabras, pero podeis creer que mis gustos se acomodaran perfectamente á los vuestros.

— ¿Habeis concluido de jugar? preguntó la jóven con una sonrisa.

— No, mas al veros salir, he pensado que nuestra sociedad no es divertida, y que tampoco estariis muy contenta sola en este cuarto.

— Os equivocais, yo nunca me aburro estando sola. — Celebro saberlo, respondió Hermann cambiando de tono.

La contestación de Lavinia le había herido, y ella sentía profundamente que se hubiera escapado de sus labios: un buen rato permanecieron los dos en silencio y sin saber lo que debían hacer, hasta que por fin viendo que la jóven se callaba, Hermann volvió á su juego.

Durante esta primera semana y en las que la siguieron, el coronel pudo convencerse, mediante las mil ocasiones en que un hombre necesita recurrir á su mujer, de que Lavinia había permanecido completamente extraña á las cosas de su interior doméstico. Largo tiempo esperó que ella hiciera lo que habría debido hacer desde el principio; pero viendo que ninguna alusion, ningún consejo indirecto podían hacerla aceptar como suya la casa de su esposo, tomó definitivamente su partido, y recurrió á Teresa para todo aquello que es propio de las mujeres.

Al pronto la previsora doncella respondia lo que creía de su deber: «La señora lo sabe mejor que yo;» pero observando que el coronel fruncía el ceño y se sonrojaba al oír esta respuesta, dejó de pronunciarla, y viendo que la señora no tenía allí ninguna autoridad, tomó las riendas del poder como habría podido hacerlo siendo el ama.

Lavinia, que veía todo esto, se decía que era preciso poner coto á semejante abuso; pero siempre que estaba á punto de dar una orden para apoderarse del gobierno, una idea la detenía: ¿Qué dirá Hermann? ¿no creará que quiero establecerme en su casa y olvidar ó hacerle olvidar el 25 de setiembre?

Y la consecuencia natural de todas estas reticencias y todos estos escrúpulos, era que el marido y la mujer encontraban cada vez mas sombrío el interior de su casa, y que un frio mortal helaba sus corazones como su vivienda.

(Se continuará.)

LOS PORDIOSEROS DE PARIS, POR BERTALL.



¡Un cuartito, por amor de Dios!



¡Una monedita de cinco francos, por amor de Dios!



¡Un adornito de brillantes, por amor de Dios!



¡Un milloncito, por amor de Dios!